

# TRAS LAS REVELACIONES PAULINAS 2



**Oswaldo Rebolleda**

# **TRAS LAS REVELACIONES PAULINAS 2**



**Oswaldo Rebolleda**

Este libro No fue impreso  
con anterioridad  
Ahora es publicado en  
Formato **PDF** para ser  
Leído o bajado en:  
**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

Provincia de La Pampa  
**[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)**

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

# CONTENIDO

**Introducción**.....5

Capítulo uno:

**Corinto el avance a la madurez**.....11  
Afirmados en la Fe

Capítulo dos:

**Filipo el gozo que desafía**.....25  
Gracia y paz a vosotros

Capítulo tres:

**Colosas la carga de Epafras**.....38  
Cristo el centro y la plenitud

Capítulo cuatro:

**Filemón el evangelio que reconcilia**.....53  
Alineados para el avance

Capítulo cinco:

**Creta una fe sana en una cultura enferma**.....66  
Un liderazgo comprometido

Capítulo seis:

<b>Ejerciendo la paternidad</b> .....	79
La autoridad revelada	

Capítulo siete:

<b>He peleado la buena batalla</b> .....	92
El Iglesia	

<b>Epílogo</b> .....	101
----------------------	-----

<b>Reconocimientos</b> .....	108
------------------------------	-----

<b>Sobre el autor</b> .....	110
-----------------------------	-----



# INTRODUCCIÓN

*“Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia”.*

Filipenses 1:21

Las cartas de Pablo no son meros documentos antiguos, amarillentos por el paso de los siglos. Son respiraciones del cielo, susurros del Espíritu Santo grabados en tinta, cicatrices de un hombre consumido por un solo amor: Jesucristo.

Cada línea que salió de su pluma fue escrita con manos marcadas por cadenas, con lágrimas que conocieron tanto la derrota humana como la victoria divina. Sus palabras siguen viajando, cruzando generaciones, tocando corazones que aún buscan la luz en medio de la noche. Por eso considero tan valioso este segundo tomo sobre las revelaciones paulinas.

Cuando cierro los ojos y pienso en Pablo, no lo imagino sentado en un escritorio tranquilo, rodeado de pergaminos ordenados. Lo veo caminando por polvorientos caminos del Mediterráneo, con pies gastados y mirada encendida. Lo veo en una prisión romana, donde el frío le cala los huesos y la densa y hedionda humedad lo enferma. Aun así, lo contemplo ardiendo con el fuego del Espíritu, apasionado por transmitir lo que había recibido del Señor.

La historia que estamos a punto de recorrer en este segundo viaje literario no comienza en un puerto ni termina en un calabozo. Comienza en el corazón del cielo, donde Cristo, glorificado y exaltado, decidió revelarse a un hombre quebrantado para hacerlo portador de un misterio eterno. Pablo ya no vivía para sí; había sido tomado, conquistado, arrebatado por la gloria del Hijo de Dios. Su vida se convirtió en un altar, y sus cartas, en un incienso que todavía asciende hasta nuestros días.

En este ejemplar reitero lo expresado en el primer libro: no nos acercaremos a un estudio frío de teología ni a un registro histórico de viajes misioneros. Nos acercaremos a un río de revelación, a un fluir vivo del Espíritu que sigue hablando a quienes se atreven a sumergirse profundamente. Es el llamado a caminar tras las revelaciones de Pablo, a ver el Reino como él lo vio.

Por este motivo, comenzaré el libro con un Pablo libre, escribiendo la segunda carta a los Corintios y ocupándome de la madurez que ellos alcanzaban en la fe. Esta fue una carta redactada en Macedonia, poco después de la primera. Sin embargo, me pareció mejor y más impactante separarla de aquella e incluirla en este segundo tomo. Esta es, a mi humilde entender, la mejor manera de enlazar con el libro anterior: el pensamiento de un apóstol libre, antes de sumergirnos en sus escritos realizados en prisión.

La idea ha sido recorrer algunos territorios que Pablo visitó y lugares desde donde escribió algunas de sus cartas,

pero no como turistas del pasado, sino como peregrinos del Reino. Caminaremos junto a un apóstol que supo lo que era el rechazo y la soledad, que conoció el hambre y la abundancia, que se enfrentó a lobos disfrazados de pastores y a gobiernos que temblaban ante la verdad del evangelio.

Este libro no es una continuación por simple orden cronológico; es una travesía hacia la profundidad del amor de Cristo que Pablo conoció en sus últimos años. Son cartas, en su mayoría, escritas desde las prisiones, con palabras que llevan el sabor de la eternidad y la urgencia de los días contados. Aquí no encontraremos a un hombre desgastado por el tiempo, sino a un espíritu encendido, consumido por la llama de un propósito divino que ni las cadenas pudieron apagar.

Y mientras avanzamos juntos, que el Espíritu Santo nos despierte de la comodidad y nos invite a vivir un cristianismo que no se conforma con teorías, sino que arde, se entrega, se vacía para que Cristo lo llene todo. Que cada página sea una oración al Padre de las luces, para que nos dé espíritu de sabiduría y de revelación para entender (**Efesios 1:17**).

Hay un momento en la vida en que los caminos se bifurcan y el alma debe decidir hacia dónde correr. Pablo lo vivió en Damasco, cuando una luz lo derribó y una voz del cielo le preguntó: “*¿Por qué me persigues?*”. Desde ese instante, su andar nunca fue el mismo. Cada ciudad, cada viaje, cada carta escrita desde la cárcel era la continuación de

aquella pregunta inicial que aún resuena para nosotros: ¿qué haremos ante la revelación de Cristo?

El Pablo que encontraremos en estas páginas no es solo el misionero incansable ni el teólogo profundo; es el hombre marcado por la urgencia de la eternidad. Él vivió como si cada día pudiera ser el último, y no se entristecía por ello, sino que lo declaraba como su esperanza.

Vivió como si el regreso del Señor estuviera siempre a las puertas. Por eso escribía con fuego, amaba sin reservas, sufría sin retroceder. Sus palabras no eran estrategias de liderazgo ni meras lecciones morales; eran gritos de un alma consumida por una gloria que había visto, por un Reino que había tocado, por un Cristo que había llenado sus vacíos más profundos.

Podemos imaginarlo en sus últimos años, sentado en la penumbra de una celda romana. El eco de sus cadenas acompañando cada uno de sus pensamientos. El olor a humedad y hierro, se mezclarían con el perfume invisible de la oración que seguramente no dejaban de ascender.

Tal vez sus manos temblarían por el frío y por su edad, pero seguían escribiendo. Aunque en la mayoría de los casos, contó con algún colaborador que tomara nota de sus dichos. Como fuera, la llama dentro de él era más fuerte que cualquier muro o sentencia de muerte. Desde ese lugar oscuro, nacieron palabras que todavía iluminan la Iglesia;

cartas que fueron más que consuelo para congregaciones lejanas: fueron llaves abriendo los cielos hasta nuestros días.

Este segundo recorrido por las revelaciones paulinas nos invita a mirar más allá de la superficie. No basta con conocer la ruta de sus viajes ni recordar los nombres de las ciudades donde predicó. Necesitamos oír lo que él oyó, ver lo que él vio, dejar que el mismo Cristo que le habló en visiones y en silencio nos hable también a nosotros.

Cada concepto que vamos a leer en sus cartas es un espejo en el que podemos ver nuestra propia vida a la luz del evangelio. Filipos nos recordará el gozo que no depende de cadenas ni de circunstancias. Corinto nos mostrará el camino hacia la madurez. Colosas levantará nuestra mirada hacia la supremacía de Cristo cuando el mundo intenta ofrecernos sucedáneos.

Filemón nos desafiará a vivir una reconciliación que solo la cruz puede producir. Tito y Timoteo nos mostrarán el precio y la belleza del ministerio fiel. Y al final, en Roma, veremos a un hombre que, lejos de rendirse, entregó su última respiración al Señor a quien amó más que a su propia vida.

Mientras nos adentramos en estas páginas, quiero invitarlos a no leer este libro como observadores distantes. No lo lean solo con la intención de contemplar la historia de un héroe lejano, sino procurando escuchar un llamado personal. La voz que rompió los cielos en Damasco todavía llama hoy. La llama que ardió en Pablo quiere arder en

nosotros. Las cadenas que intentaron callarlo solo lograron que su voz viajara más lejos, y ahora nos alcanza a nosotros, para que no vivamos un evangelio cómodo, sino una fe que lo arriesga todo por Cristo.

Que este viaje sea más que un estudio: que sea una invitación a dejarnos tomar por la misma revelación que transformó a Pablo. Que, al cerrar este libro, podamos decir con él:

***“Nada estimo valioso, con tal de acabar mi carrera y cumplir el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios”***

Hechos 20:24



# Capítulo uno

## **CORINTO EL AVANCE A LA MADUREZ**

Afirmados en la Fe

*“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.”*

2 Corintios 3:18

Corinto continuaba vibrando con el ruido de un puerto siempre despierto, mientras la iglesia trataba de avanzar a pesar de las presiones sociales y los conflictos internos, que ciertamente habían sido muchos. El bullicio de los comercios, las discusiones filosóficas en las calles y las sombras de los templos paganos convertían a la ciudad en un ámbito difícil para el desarrollo normal de la Iglesia.

En medio de esa realidad contradictoria, el pueblo del Señor intentaba respirar el aire puro del evangelio que Pablo les había transmitido. No era fácil. Las olas de la cultura golpeaban fuerte, y los corazones, con frecuencia, eran

arrastrados por viejas costumbres y falsas seguridades. Entonces Pablo, quien había vivido un par de años en Corinto, les escribió desde Macedonia, cerca de Filipos, a casi setecientos kilómetros de distancia. Tan lejos y, al mismo tiempo, tan cerca en su corazón, comenzó a trazar consejos que no solo les sirvieron a ellos, sino a toda la Iglesia a través de los siglos.

Cada palabra de esta segunda carta de Pablo llevaba el peso de las lágrimas derramadas en oración y la fuerza de un corazón que ardía por ver a Cristo formado en los corintios. Él mismo lo confesó escribiendo:

***“Que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados”.***

2 Corintios 4:8

Pablo no estaba escribiendo desde la comodidad de un maestro que dicta normas, sino desde las cicatrices de un soldado del Reino; desde las cárceles del sufrimiento; desde la tensión de un amor apostólico que lucha por una iglesia inmadura y conflictiva, pero llamada a reflejar la gloria de Cristo.

Las aflicciones del apóstol eran muchas: golpes, prisiones, peligros de muerte, traiciones, noches sin dormir, días sin pan (**2 Corintios 11:26**). Cada línea de esta carta parece respirar la fragilidad del vaso de barro que es Pablo. Sin embargo, esas mismas heridas son el lenguaje con el que el Espíritu habla a la Iglesia.

Es evidente que Pablo no quería que los corintios se quedaran en una fe superficial ni en un cristianismo cómodo y sin cruz. Les abrió su corazón herido para enseñarles que el camino de Cristo siempre pasa por el quebranto, y que las pruebas no son señales de abandono ni de fracaso, sino lugares donde la gracia se hace más real. Esto también forma parte de una revelación paulina.

A través de sus lágrimas, el apóstol los llama a dejar la niñez espiritual y avanzar hacia la madurez, donde la gloria de Dios se revela aun en medio de la debilidad. Nosotros también debemos meditar en esto, más allá de nuestras experiencias. Lo digo porque, en general, la iglesia de hoy, al menos en esta parte del mundo, vive con una libertad extraordinaria, que rara vez valoramos en su justa medida.

La realidad es que, sin vivir bajo las presiones que enfrentaron los hermanos del primer siglo, tenemos demasiados creyentes apartados, ofendidos por vanos desacuerdos y situaciones que, en comparación con los verdaderos problemas de persecución y muerte que ellos padecieron, resultan auténticas trivialidades. No obstante, muchos se escudan tras esas absurdas ofensas para justificar actitudes de frialdad espiritual.

En el centro de esta carta, Pablo recuerda cuál es el verdadero ministerio: no el que se sostiene en logros humanos, en la elocuencia o en el poder aparente, sino aquel que nace del Nuevo Pacto, escrito no en tablas de piedra, sino en corazones transformados por el Espíritu.

***“El cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto; no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, más el espíritu vivifica.”***

2 Corintios 3:6

Los corintios habían estado fascinados por discursos de falsos apóstoles, por voces que parecían fuertes pero no llevaban el aroma de Cristo. Pablo les muestra que el ministerio verdadero no consiste en impresionar, sino en reflejar la gloria de Aquel que nos llama.

El contraste es poderoso: Pablo retrocede en el tiempo hasta Moisés, para describir la gloria que irradiaba su rostro cuando descendía del monte. Ese resplandor, aunque glorioso, se desvanecía. Ahora, bajo el Nuevo Pacto, el Espíritu Santo nos conduce a una gloria mucho mayor, una gloria que no mengua, que no depende de velos ni de rituales, sino de la comunión viva con el Señor.

Pablo quiere que la iglesia de Corinto deje atrás la inmadurez de un evangelio superficial, y entre en esta realidad espiritualmente profunda: una fe que no se apoya en los logros humanos, sino en el poder del Espíritu Santo; una vida donde la gloria de Dios no sea una teoría, sino la evidencia y el fundamento de una transformación visible.

Así avanza la carta, como un río que brota del corazón del apóstol y busca despertar un hambre más profunda en los creyentes. No es un tratado frío ni un manual de teología; es el clamor de un padre espiritual que, mientras carga sus

propias cadenas, les señala un camino más alto a todos sus discípulos: el camino de la madurez en Cristo, donde las pruebas, el servicio y la gloria del Espíritu se encuentran en una misma historia de gracia.

Pablo sabía que la iglesia de Corinto luchaba por permanecer firme. La fe que alguna vez los encendió parecía tambalear entre dudas, presiones externas y las seducciones de un mundo que ofrecía promesas vacías. Por eso, el apóstol los lleva a mirar más allá de lo visible, a fijar los ojos en una realidad que no se agota en lo terrenal ni se derrumba ante el peso de las circunstancias.

***“Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros.”***

2 Corintios 4:7

Pablo los invita a contemplar el misterio de una vida frágil que, sin embargo, es morada de un poder eterno. Cada golpe, cada lágrima, cada día en que la esperanza parece apagarse, se convierte en un escenario donde la gloria de Cristo brilla con mayor intensidad. La madurez de la fe no consiste en evitar el dolor, sino en aprender a ver más allá de él, discerniendo que ***“esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria”*** (2 Corintios 4:17).

Pablo no escribió como un filósofo distante que hablaba del dolor sin conocerlo. Él mismo se sentía derribado, pero no destruido; perseguido, pero jamás

abandonado (**2 Corintios 4:8**). Su vida entera fue como una parábola viva del Evangelio: un hombre quebrado que llevaba dentro la semilla de la resurrección.

Y mientras sus palabras viajaban hacia Corinto, también lo hicieron hacia nosotros, recordándonos que la fe madura no se define por victorias visibles, sino por la certeza de que Cristo vive en nosotros aun cuando todo alrededor parezca desmoronarse. Es caminar con la mirada fija en lo invisible, sabiendo que la vida eterna se está forjando en medio de la fragilidad presente (**2 Corintios 4:9**).

La madurez espiritual no consiste solo en resistir; también implica abrazar el propósito del Evangelio. Pablo, como embajador de Cristo, escribió con urgencia sagrada: *“Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación”* (**2 Corintios 5:19**).

Aquí el relato se eleva como un clamor: el corazón del Evangelio no es una lista de reglas ni una ética religiosa que busca agradar a Dios con esfuerzos humanos; es un puente tendido desde el cielo hacia un mundo caído, una cruz que abre el camino de regreso al Padre para todos los escogidos.

El apóstol quería que los corintios comprendieran que el ministerio de la reconciliación no es un escenario para la vanidad, sino un altar donde se entregan vidas para que otros encuentren a Cristo. *“Así que, somos embajadores en*

*nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamus en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios” (2 Corintios 5:20).* Sus palabras no son frías ni calculadas; son un grito nacido de un corazón que conoce la gracia y no puede guardarla para sí. Cada línea respira urgencia, como si Pablo sintiera que el tiempo es corto y la eternidad demasiado cercana para vivir distraídos.

La madurez espiritual nos conduce a dejar los pleitos, las comparaciones absurdas, las apariencias vanas, y abrazar la misión que Cristo nos confió. Ser iglesia no es un título ni una organización humana; es vivir como embajadores del cielo en la tierra, llevando la luz del Evangelio de la reconciliación.

La carta sigue fluyendo como un río de gracia y exhortación, buscando llevar a Corinto desde la orilla de una fe inestable hasta el cauce profundo donde Cristo es todo. Y a medida que la voz de Pablo resuena, no se puede evitar sentir que el Espíritu nos invita a lo mismo: a vivir con la mirada puesta en la eternidad y a dejar que nuestras vidas sean un puente por el cual otros puedan encontrar el abrazo del Dios que reconcilia.

El corazón de Pablo latía al ritmo de la revelación, y no había tema que quedara fuera de la luz del Evangelio del Reino, ni siquiera el uso del dinero. Hablar de finanzas puede parecer un asunto terrenal, un tema menor frente a las glorias eternas que proclamaba; sin embargo, más allá de lo que algunos piensen hoy, el apóstol no lo consideró así.

Los recursos materiales son un termómetro del corazón, un espejo de prioridades. Muchos, por desconocimiento, cuestionan hablar de finanzas en la iglesia, pero confunden espiritualidad con evasión. Una cosa es el abuso o el mal manejo del dinero, y otra muy distinta es creer que rechazar la enseñanza bíblica sobre este tema nos hace más santos.

Sostener un pueblo con mentalidad de pobreza no es sinónimo de espiritualidad. No necesitamos dinero para tener una profunda comunión con Dios, pero sí lo necesitamos para avanzar en un sistema cuyo motor es justamente el dinero. La revelación paulina nos enseña que el poder de la Iglesia es espiritual y muy superior al del sistema, pero no podemos expandirnos sin medios, y esto es aún más evidente en nuestros días.

Algunos líderes hablan del dinero como si fuera una lepra, pero al mismo tiempo reconocen tener ideas que no pueden llevar a cabo por falta de recursos. No quieren hablar de finanzas, pero tampoco pueden alimentar a los pobres, ni enviar misioneros, ni sostener medios de comunicación o espacios dignos para la congregación. Y, sin embargo, creen que son más espirituales que aquellos que sí se atreven a invertir en la expansión del Reino.

La verdad es que administrar bien el dinero y caminar en la revelación bíblica respecto a los recursos es mucho más elevado y espiritual que rehuir de este tema. Nadie puede negar que la Escritura habla más sobre finanzas, recursos y

riquezas que sobre fe; tampoco se puede decir que Pablo no se ocupó de ello. El problema surge cuando creemos que mostrarnos “desinteresados” nos hace ver más espirituales.

La pobreza es una maldición, y hay quienes mantienen al pueblo bajo opresión financiera por temor a que el dinero se convierta en un ídolo. Pero debemos estar claros: el dinero no es para amarlo, sino para someterlo, gobernarlo y usarlo de acuerdo con el propósito que Dios determine.

Algunos creen que son más espirituales porque no le piden a Dios nada material, pero en realidad son los más egoístas de todos. Teniendo un Dios que puede darnos recursos, prefieren decir que están conformes, aun cuando tienen alrededor un montón de gente necesitada. No les importa que en el mundo haya muchos niños muriendo de hambre; ellos no pueden colaborar ni siquiera con un pequeño aporte para organizaciones como Médicos Sin Fronteras.

En fin, Pablo, con delicadeza pero también con firmeza, enseña a los corintios un principio que sigue siendo revelación para la Iglesia de todos los tiempos: dar no es un acto económico, sino un acto espiritual. Él les habló de la generosidad de las iglesias de Macedonia, que ***“en grande prueba de tribulación, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad”*** (2 Corintios 8:2).

Como ven, no les dijo que pedirles una ofrenda a hermanos en escasez era diabólico. Claro, si Pablo levantaba una ofrenda, era un acto espiritual; pero si hoy enseñamos sobre finanzas, somos tildados de codiciosos engañadores.

La verdadera ofrenda nace del amor, no de la abundancia; del agradecimiento por la gracia recibida, no de la presión externa ni de la apariencia religiosa. Pablo no pide dinero para llenar arcas humanas, eso es claro y es lo que debemos cuidar. Nos enseña que una ofrenda al Señor es para que Cristo sea glorificado en la ayuda al necesitado, en la unidad de la Iglesia, y en la demostración tangible de un Evangelio que no solo se predica, sino que también se comparte.

***“Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre.”***

2 Corintios 9:7

Algunos discuten que el dinero no se puede sembrar, pero tienen menos luz que un sótano. Pablo les recuerda a los corintios que la semilla plantada en obediencia y gozo nunca muere; el Reino la hace brotar en provisión y cosechas espirituales. Hablar de finanzas es, en el lenguaje de Pablo, hablar de fe activa, de confianza en un Dios que multiplica y sustenta, de corazones libres de la esclavitud del egoísmo.

Avanzar hacia la madurez implica también aprender a reflejar el corazón generoso del Padre en cada acto de dar.

Creo que podría escribirse un libro que se titule “La revelación paulina sobre las finanzas”, porque ciertamente es un tema extremadamente amplio y cargado de principios, pero al mismo tiempo, es el más atacado por el enemigo. Todos los creyentes que hoy critican el tema financiero en las redes terminan, consciente o inconscientemente, siendo instrumentos funcionales a las tinieblas.

Si los hijos de Dios pretendemos avanzar hacia el propósito en este siglo tan materialista sin recursos, solo estaremos frente a una utopía. Si la Iglesia del primer siglo necesitó recursos financieros, ¡cuánto más hoy!, cuando no podemos movernos ni siquiera a la esquina sin que se nos cobren recursos o servicios. El dinero no determina nuestra unción, pero sí nos abre oportunidades para la expansión del Reino.

Pero continuando este viaje tras las revelaciones paulinas, veremos que hay algo aún más profundo en esta carta de Pablo: un misterio que revela la esencia de un ministerio auténtico: ***“que la fuerza se perfecciona en la debilidad”***. Después de tantas visiones, revelaciones y experiencias celestiales, Pablo confiesa un dolor que no se aparta, un agujijón en la carne que lo mantiene humillado y dependiente de la gracia divina.

El apóstol cuenta que pidió al Señor tres veces que lo quitara de él, pero escuchó esta respuesta: ***“Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad”*** (2

**Corintios 12:9).** Esta sí que es una revelación paulina muy especial.

La fe no nos eleva a un pedestal de invulnerabilidad; nos conduce a un altar donde reconocemos que sin Cristo nada podemos. El agujijón, sea cual haya sido, se convierte en la puerta hacia una revelación mayor: el poder de Dios habita en los frágiles, Su gloria se manifiesta en lo que el mundo desprecia, Su Reino avanza no con la fuerza del hombre, sino con la gracia que sostiene al quebrantado.

Así, la carta concluye con un llamado silencioso pero firme: avanzar hacia la madurez es dejarse formar por las aflicciones, vivir por la fe más allá de lo visible, abrazar la misión de la reconciliación, reflejar la generosidad de Cristo y descansar en la suficiencia de Su gracia. Cada palabra de Pablo es un puente que nos invita a dejar atrás una fe infantil, centrada en nosotros mismos, para entrar en la plenitud de una vida escondida en Cristo.

Corinto no era solo una ciudad del primer siglo; sigue siendo un espejo para la Iglesia de cada generación: tentada por la inmadurez, distraída por las voces del mundo, pero llamada a un horizonte más alto. Pablo, con su pluma bañada en lágrimas y fuego del Espíritu, sigue extendiendo la mano a todo creyente que anhela crecer.

Pablo nos llama a avanzar más allá de los pleitos y la superficialidad, hacia la profundidad de un Evangelio vivo. Nos recuerda que la fe madura se forja en las pruebas, se

alimenta de la gloria del Nuevo Pacto, camina por lo invisible, reconcilia al mundo con Dios, comparte generosamente y se gloria en la gracia que nos sostiene en la debilidad.

Corinto es la historia de una iglesia que estaba aprendiendo a caminar, y Pablo, como un padre, los guió paso a paso hacia la plenitud en Cristo. Hoy esas palabras siguen resonando, como un río que cruza los siglos y toca nuestros corazones, llamándonos a lo mismo: dejar la niñez espiritual, abrazar la cruz, vivir para reconciliar, sembrar con gozo y descansar en la gracia del Señor. Porque la madurez cristiana no es llegar a un lugar, sino ser conformados al Hijo amado, hasta que en nosotros se vea Aquel que es todo en todos (**Colosenses 3:11**).

La carta se cierra, pero la invitación permanece abierta: *“Examinense a ustedes mismos si están en la fe”* (**2 Corintios 13:5**). La madurez no es un ideal lejano; es un camino que se recorre día tras día, mirando a Cristo, dejándose transformar por su Espíritu, viviendo para su gloria.

Y en este caminar, aun con lágrimas, aun con agujones, aun con luchas, resuena la voz de Pablo, la voz del Espíritu Santo, diciéndonos: ¡Avancen! Hay un horizonte más alto donde Cristo se forma en ustedes, y en esa plenitud el mundo verá la luz del Evangelio que no se apaga.

***“Por lo demás, hermanos, tened gozo, perfeccionaos, consolaos, sed de un mismo sentir, y vivid en paz; y el Dios de paz y de amor estará con vosotros.”***

2 Corintios 13:11



## Capítulo dos

# FILIPOS EL GOZO QUE DESAFÍA

Gracia y paz a vosotros

*“Por vuestra comunión en el evangelio, desde el primer día hasta ahora; estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo...”*

Filipenses 1:5 y 6

Imagino que los amaneceres de Roma no tenían aroma de libertad para el prisionero del evangelio llamado Pablo. Supongo que, ante los primeros rayos de luz que apenas podían colarse por la pequeña abertura de piedra en el techo, él sabía que la mañana había llegado. Pablo abriría los ojos, no porque su descanso hubiera sido reparador, sino tal vez, porque las piedras cubiertas apenas con algunas pajas le provocarían un gran dolor en el cuerpo.

Tal vez sus muñecas sentían el peso de las cadenas que lo ataban, pero él mismo se encargó de aclarar que su espíritu no conocía ataduras. Allí, en la fría prisión, donde los ecos

de otros condenados parecían murmurar tragedias sin esperanza, una melodía invisible llenaba el aire: El gozo de un hombre que pertenecía por completo a Cristo.

La tinta y el pergamino eran su puente hacia una iglesia muy querida: la de Filipos, aquella comunidad que nació entre cánticos de medianoche y barrotes que se abrieron por el poder de Dios. Habían pasado los años, pero Pablo recordaba cada detalle: el río donde conoció a Lidia, mujer de corazón abierto a la Palabra; la cárcel donde él y Silas cantaron mientras la noche se llenaba de cadenas rotas, y el rostro del carcelero iluminado al preguntar: “*¿Qué debo hacer para ser salvo?*” (Hechos 16:30).

Filipos no fue un destino casual, sino una cita divina donde el evangelio halló terreno fértil y el Reino echó raíces en corazones dispuestos. Pablo siguió su camino, pero su corazón no dejó de latir por los hermanos de Filipos. Sabía de la hostilidad de aquella tierra, y decidió usar el medio disponible para alentarlos.

Ahora, desde la prisión en Roma, el apóstol escribió con el mismo fuego de aquella primera noche de alabanzas en la oscuridad. Las circunstancias habían cambiado, pero no el gozo. Encadenado, con la amenaza de la muerte siempre presente, Pablo se atrevió a comenzar su carta con palabras que los impíos no pueden comprender:

***“Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros, siempre en todas mis oraciones rogando con gozo por todos vosotros.”***

Filipenses 1:3 y 4

El gozo para él, no era fruto de días fáciles ni respuesta a puertas abiertas sin oposición. Era un río sobrenatural que brotaba del Cristo vivo en su interior, una corriente que ni las cadenas ni las paredes de piedra podían detener. Seguramente, Pablo no imaginó que esa carta no solo llegaría a Filipos, sino que recorrería el mundo durante siglos, tocando la vida de millones de creyentes.

Podemos imaginar el contraste: un prisionero, posiblemente encorvado por los años y las cicatrices de los viajes, escribiendo con una convicción que traspasa el tiempo. Frente a él, un soldado acostumbrado a los gemidos de los presos lo observa atónito, viendo cómo este hombre ora, canta y habla de esperanza con un brillo en los ojos que ninguna espada puede apagar.

Pablo no escribió a los filipenses sobre libertad exterior, sino que les enseñó algo más alto y profundo: una libertad interior que nace cuando Cristo se convierte en la razón de vivir. Por eso escribió: ***“Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia...”*** (Filipenses 1:21). Con esas palabras declaró que ni la vida ni la muerte tienen poder sobre quien ha encontrado a Jesús como su todo. ¿No es esta una extraordinaria revelación paulina?

El recuerdo de los hermanos filipenses avivaba el corazón del apóstol, porque eran una iglesia pequeña, pero marcada por la fidelidad y el amor, la única que desde el principio se atrevió a sostenerlo en sus viajes, enviándole ayuda aun cuando nadie más lo hacía.

En cada ofrenda y en cada carta de aliento, Pablo veía el reflejo de Cristo: la evidencia de que el evangelio había dado fruto verdadero en ellos. Por eso oraba con gozo, porque sabía que su obra no había sido en vano. Había visto con sus propios ojos cómo la gracia de Dios podía transformar vidas y encender comunidades enteras para el Reino.

Es imposible no percibir que esta carta está impregnada de eternidad. No es solo un mensaje de un líder a sus discípulos, es la voz de un hombre cuya alma se mueve al ritmo de los cielos. La prisión no era un obstáculo, era el escenario donde se probaba la verdad de lo que predicaba.

Y allí, donde el mundo esperaba palabras de queja, Pablo levanta un cántico silencioso que viaja en tinta hacia Filipos: una invitación a conocer un gozo que no depende de muros ni de sentencias humanas, sino de una relación viva con Aquel que venció la muerte. De hecho, él demostró no sentir lástima por su encierro, sino gratitud. Porque lo que nació en Filipos fue obra del Espíritu Santo, y eso ninguna cadena lo puede detener (**Filipenses 1:6**).

Cada línea de la carta parece desafiar la lógica humana. ¿Cómo puede un hombre privado de su libertad hablar tanto

de gozo? ¿Cómo puede exhortar a otros a regocijarse cuando él mismo esperaba un juicio incierto? La respuesta no estaba en las circunstancias, sino en el Cristo que lo habitaba.

Pablo había aprendido un secreto que el mundo desconocía: el gozo no es una emoción pasajera, es fruto de una vida rendida al Señor de la gloria. No nace del bienestar exterior, sino de la certeza interior de estar en el centro de la voluntad divina. Esa sí que es una valiosa revelación paulina.

En su certeza, Pablo invitó a los filipenses a vivir en una dimensión más elevada: a fijar la mente en Cristo, a tener los mismos pensamientos que tuvo el Salvador cuando se despojó de Su gloria y tomó forma de siervo. Por eso les dijo:

***“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.”***

Filipenses 2:5 al 8

Desde la prisión, el apóstol no les ofrece una promesa de comodidad, sino un llamado al sacrificio y a la unidad, porque sabe que la verdadera alegría se encuentra en la entrega, no en el egoísmo; en la humildad, no en la ambición personal. Aquí encontramos otra revelación paulina que no podemos dejar pasar.

Este pasaje nos conduce al corazón mismo del misterio de Cristo, revelando el camino que el Hijo de Dios recorrió desde la gloria eterna hasta la más profunda humillación, para luego ser exaltado por el Padre hasta lo sumo. Pablo invita a los creyentes a mirar con detenimiento este sendero, no solo para contemplarlo con admiración, sino para imitar la mente y disposición que caracterizaron al Señor.

La exhortación inicial no es meramente ética, sino profundamente cristológica: *“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús” (Filipenses 2:5)*. Lo que Pablo describe no es una simple actitud de modestia o cortesía humana, sino la revelación de la naturaleza misma de Dios expresada en humildad y servicio. La mente de Cristo es el patrón divino para la vida cristiana, un llamado a dejar de lado toda vanagloria y egoísmo para abrazar un amor que se entrega y se vacía por el bien de otros.

Cristo, siendo en forma de Dios, poseyendo todo atributo, toda majestad y todo honor perteneciente a la divinidad, no consideró su igualdad con Dios como algo a lo cual aferrarse para su propio provecho (**Filipenses 2:7 y 8**). La eternidad le pertenecía, la gloria lo rodeaba, y sin embargo, el Hijo no reclamó sus derechos como un tesoro a proteger celosamente.

En un acto incomprensible para la lógica humana, eligió el camino del descenso voluntario. Allí donde Adán y Eva quisieron asir la divinidad en desobediencia, Cristo, el verdadero Hombre, renunció a toda ventaja divina para

obedecer al Padre y rescatar a los caídos. La grandeza del cielo se manifestó no en imponerse sobre los hombres, sino en acercarse a ellos hasta compartir plenamente su condición.

El texto afirma que el Hijo de Dios “*se despojó a sí mismo*”. Este vaciamiento no significó dejar de ser Dios, pues su esencia divina es inmutable, sino que renunció al ejercicio independiente de sus prerrogativas divinas, aceptando las limitaciones propias de la naturaleza humana.

El que era la Palabra eterna, por quien fueron creadas todas las cosas, eligió el lenguaje de la carne frágil y mortal. Tomó “*forma de siervo*”, no como un disfraz pasajero, sino como su verdadera condición en medio de nosotros.

Aquel que reina sobre tronos celestiales se ciñó la toalla del esclavo y caminó entre los hombres como uno de ellos, sintiendo hambre, cansancio y dolor. El Altísimo se inclinó hasta la tierra para levantar al caído, y en ese gesto se reveló que la esencia del poder divino no es la dominación, sino el amor que sirve y se entrega.

Más aún, estando en la condición de hombre, el Verbo eterno se humilló a sí mismo hasta el extremo. No hubo en Él resistencia ni orgullo, sino una obediencia perfecta al plan del Padre, una obediencia que lo condujo al Calvario. Sin dudas, la muerte es la mayor catástrofe para cualquiera, pero Cristo no solo asumió la muerte, sino que aceptó hacerlo en la forma más vergonzosa y maldita que conocía el mundo antiguo: la muerte de cruz.

Allí fue contado entre los pecadores, colgado entre cielo y tierra como desecho de la humanidad. El Creador del universo fue tratado como criminal para que los culpables pudieran recibir vida. La cruz se convirtió en el trono del amor divino, el lugar donde la humildad de Dios rompió para siempre el poder del orgullo humano y del pecado.

Pero la historia no termina en la humillación. Pablo declara que, por causa de esta obediencia perfecta y este descenso sin medida, ***“Dios le exaltó hasta lo sumo y le otorgó un nombre sobre todo nombre”*** (Filipenses 2:9). El Padre vindicó al Hijo, levantándolo de entre los muertos y dándole la más alta posición de autoridad en el cielo y en la tierra.

Aquel que se despojó de todo fue revestido de gloria inigualable. El que se inclinó hasta lo más bajo fue colocado en el lugar más alto, y a Él se le confirió el Nombre que expresa el señorío divino, aquel Nombre que un día toda rodilla reconocerá y toda lengua confesará. La exaltación de Cristo es la demostración definitiva de que el camino de la humildad y la obediencia es el camino de la verdadera victoria y gloria eterna.

Este pasaje no es una mera descripción doctrinal del descenso y exaltación de Cristo; es una invitación a dejar que esa misma mente gobierne nuestro ser. La Iglesia está llamada a reflejar este modelo: a vivir en la humildad que no se aferra a sus propios derechos, en el servicio que no busca su propia gloria y en la obediencia que confía plenamente en

el plan del Padre, aun cuando este implique sufrimiento y renuncia.

La revelación paulina nos lleva a la cruz, nos muestra un Reino donde la gloria viene por medio de la entrega, donde la vida verdadera nace en la muerte a uno mismo, y donde la exaltación final es obra de Dios y no de las propias manos.

Contemplar este camino de Cristo no solo despierta adoración, sino que transforma la mente y el corazón de aquellos que lo siguen, porque en la humildad del Hijo resplandece la verdadera imagen de Dios, y en su exaltación está la promesa segura de nuestra esperanza eterna.

Pablo no solo exhortó al gozo espiritual, sino que reveló dónde se encuentra el secreto del gozo verdadero: mirar al Señor que no retuvo Su gloria, sino que descendió hasta lo más bajo por amor, para luego ser exaltado sobre todo nombre. Pablo invita a sus hijos espirituales a caminar el mismo sendero, a renunciar a sí mismos para encontrar la vida verdadera en Cristo.

La carta se convierte así en un espejo. Pablo, desde la cárcel, refleja el rostro de un Cristo humilde y victorioso. Ante esto, creo que todos, no solo los filipenses, somos llamados a preguntarnos: ¿Vivimos para nosotros mismos o para Aquel que nos amó primero? ¿Buscamos nuestro propio interés o el bien de los demás? ¿Edificamos nuestra alegría en logros temporales o en la gloria eterna del Hijo de Dios?

Cada palabra penetra como una espada suave pero precisa, separando lo superficial de lo verdadero, derribando cualquier concepto de felicidad que no esté cimentado en el evangelio.

El gozo que Pablo anuncia no es un adorno para días soleados, es un ancla para tiempos de tormenta. Es el gozo del prisionero que sabe que la muerte no es derrota, sino la puerta hacia la plenitud de Cristo. Es el gozo del obrero del evangelio que ve a otros perseverar en la fe, aun cuando él ya no pueda estar presente. Es el gozo del alma que se vacía para que Jesús sea todo en todos.

La carta parece llevar la esencia de un corazón que, aun desgastado por los años y las pruebas, late al compás de la eternidad. Pablo sabía que tal vez no volvería a ver a los filipenses en esta vida. Quizá percibía que la espada del verdugo estaba más cerca de lo esperado. Pero ninguna sombra logró apagar la certeza que lo sostenía: Cristo no ha terminado Su obra, y lo que Él comenzó lo perfeccionará hasta el fin. Por eso les escribió:

***“Regocijaos en el Señor siempre.  
Otra vez digo: ¡Regocijaos!”***  
Filipenses 4:4

Este no es un mandato vacío, es una declaración de victoria. El gozo del cielo es más fuerte que la tristeza del mundo, más firme que cualquier sentencia, más profundo que la pena más honda. Por eso no lo dijo solo una vez, sino que

lo reiteró, tal como el Maestro solía declarar: ***“De cierto, de cierto os digo...”***.

Pablo no les promete que no habrá pruebas ni dolor, pero les muestra un camino más alto: el de la confianza en Aquel que los llamó. Su propio ejemplo se convierte en testimonio vivo: ha aprendido a contentarse en todo, en la abundancia y en la escasez, porque Cristo es su verdadera riqueza. ***“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13)***. No es una frase de optimismo humano, es la revelación de alguien que ha sido despojado de todo, pero que lo tiene todo porque tiene a Cristo.

Es lamentable que hoy en día se tome esta expresión para cualquier circunstancia. Es cierto que encierra un principio muy fuerte y válido en muchos casos, pero hemos perdido su sustancia al usarla como una muletilla motivacional. Debemos tener claro que es un error utilizar un versículo para respaldar cualquier deseo personal.

Hay hermanos que lo aplican de manera superficial. Dicen: “Voy a comprarme tal cosa y podré pagar porque todo lo puedo en Cristo”. “Voy a edificar una casa porque todo lo puedo en Cristo”. “Daré bien este examen porque todo lo puedo en Cristo”. “Voy a ganar el partido porque todo lo puedo en Cristo”. Amados, nosotros solo podemos en Cristo lo que Cristo quiere.

La fe no se basa en nuestros deseos, sino en la palabra que Dios entrega. No tenemos fe simplemente cuando

creemos algo; esa es la fe del alma. Solo tenemos fe cuando Dios nos dice algo, porque la fe no es emocional, sino absolutamente legal. Nuestra fe debe estar fundamentada en lo que Dios declara, no en lo que nosotros queremos.

Cada frase escrita por Pablo atraviesa el aire como un río fresco en medio del desierto: ***“No se inquieten por nada; más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios y denle gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús”*** (Filipenses 4:6 y 7).

Seguramente, entre las vivencias de esos tiempos y las palabras de Pablo, los filipenses descubrieron que el evangelio no se trata solo de creer doctrinas, sino de vivir en comunión profunda con un Salvador que sostiene, alegra y transforma la vida, aun cuando todo alrededor se derrumba. El desafío es que también nosotros lo podamos comprender.

Tal vez el sonido de las cadenas que llevaba Pablo se mezclaba con la certeza de un Reino incommovible. Ni él ni los filipenses podían saber con certeza lo que ocurriría al día siguiente, pero seguramente sus almas descansaron en Cristo, sabiendo que el gozo verdadero no se encuentra en la ausencia de problemas, sino en Su presencia.

Y hoy, siglos después, esa misma carta sigue llegando a nosotros. En cada párrafo, en cada expresión, el Espíritu Santo nos sigue invitando a soltar los grilletes de la ansiedad,

a dejar de buscar alegría en lo que el mundo promete y no cumple, y a correr hacia la fuente viva que jamás se agota.

Pablo nos enseña que la vida cristiana no es un camino sin lágrimas, sino una senda donde el gozo vence a la tristeza, donde la paz de Dios custodia corazones frágiles, donde Cristo se convierte en razón y meta de nuestra existencia.

Tal vez no estemos tras los barrotes de una prisión romana, pero sí enfrentamos cadenas invisibles que intentan robar nuestro gozo: preocupaciones, heridas, incertidumbres, y culpas antiguas. A cada uno de nosotros nos alcanza hoy la voz del apóstol: ***“Regocijaos en el Señor siempre”***. No es una invitación superficial, es un llamado a mirar al Cristo que murió y resucitó para ser nuestro todo. Es la declaración de que, mientras la vida sea Cristo y la muerte ganancia, no habrá muro ni circunstancia capaz de apagar el canto del alma que descansa en Él.

Así termina esta carta desde Roma, pero así comienza para nosotros un nuevo viaje: un camino donde las cadenas son derrotadas por la esperanza, donde las lágrimas se mezclan con canciones, donde Cristo se convierte en el gozo que ninguna sombra puede extinguir.

***“Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad”.***

Filipenses 4:8

## Capítulo tres

# COLOSAS LA CARGA DE EPAFRAS

Cristo el centro y la plenitud

*“Como lo habéis aprendido de Epafras, nuestro consiervo amado, que es un fiel ministro de Cristo para vosotros, quien también nos ha declarado vuestro amor en el Espíritu.”*

Colosenses 1:7 y 8

El viento del atardecer traía consigo los murmullos de los caminos, ecos de iglesias nacientes en rincones lejanos que Pablo aún no había pisado. Allí, en medio del trajín de las prisiones y de las cartas dictadas con fervor, llegó a sus oídos el nombre de una ciudad: Colosas. No era Éfeso, no era Corinto, no era Roma, y sin embargo, en aquel lugar escondido de Asia Menor, la gracia de Cristo había brotado como un manantial.

Epafras, siervo fiel y compañero en la lucha del evangelio, fue quien llevó hasta Pablo las noticias. Sus palabras no fueron simples reportes; llevaban la fragancia de

un pueblo que había sido alcanzado por la luz del Evangelio, un pueblo que, sin haber visto jamás el rostro del apóstol, ya amaba al Señor con fe ardiente.

Sin dudas, la voz de Epafras tuvo un significativo peso espiritual para Pablo. El hermano le habló de hombres y mujeres que habían dejado los ídolos para seguir a Cristo, de hogares transformados por la esperanza del Evangelio, pero también de nubarrones que se levantaban sobre aquella joven congregación.

Filosofías humanas, razonamientos huecos, maestros que pretendían añadir capas de sabiduría terrenal a la simpleza gloriosa de Cristo. Había una lucha invisible, una tensión espiritual que preocupó a Epafras. Los hermanos de Colosas eran su carga y él quería verlos firmes, pero sentía el asedio de doctrinas que querían robarles la pureza del evangelio.

Fue en ese instante que Pablo comprendió la carga que aquel hombre llevaba. No era solo el celo de un plantador de iglesias, era un gemido del Espíritu en favor de un pueblo que debía aprender a mirar más alto, más allá de las sombras, más allá de las voces confusas. Cristo debía serles revelado no solo como Salvador, sino como el todo en todos, la imagen visible del Dios invisible, la cabeza de la Iglesia, el centro de la creación y la plenitud de la vida cristiana.

Seguramente, mientras Pablo escuchaba a Epafras, algo ardió en su corazón de apóstol. La prisión no podía

detener su espíritu; la distancia no era un obstáculo para la autoridad de Cristo ni para la voz del evangelio, por eso determinó escribirles una carta excepcional, una carta que, aun hoy en día y hasta la venida del Señor, seguirá edificando a los hijos de Dios.

Entonces les expresó su interés y su afecto recibido por medio de Epafras:

***“Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios...”***

Colosenses 1:9 y 10

Las palabras de Pablo no perseguían crear un vínculo afectivo; eso ya era un hecho en Cristo. La intención del apóstol era ayudar a los hermanos, afirmándolos en la fe a través de la enseñanza. Su legado para nosotros no solo es su escrito, sino además el entendimiento de que instruir a los santos es parte fundamental de una Iglesia viva y poderosa.

Tal vez esté expresando esto como maestro, pero también es mi carga: que la iglesia actual reciba mayor instrucción doctrinal. Veo demasiadas reuniones de celebración, centradas en mensajes motivacionales, llenas de populares expresiones y consejos, pero sin profundidad teológica y escatológica.

Por otra parte, cuando veo instrucción teológica, también percibo una frialdad estructural que no despierta revelación. Entonces, tenemos gente entusiasta hasta alguna crisis que los desactiva por falta de fundamentos, o algunos hermanos llenos de información pero sin unción. Creo que es absolutamente necesario que encontremos el equilibrio.

La iglesia de Colosas estaba compuesta de hermanos ungidos, quebrantados por la adversidad, pero llenos de la presencia de Dios. Nadie en esa época accedía al evangelio por motivación natural. Solo manifestaban ser cristianos aquellos que habían recibido la gracia del Señor. Lo que les hacía falta era doctrina, y Pablo se las concede a través de su carta.

***“Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten...”***

Colosenses 1:15 al 17

Estas palabras no eran solo doctrina, eran un faro que Pablo encendía para aquellos creyentes que quizá comenzaban a ser arrastrados por la marea de ideas humanas.

Me gusta imaginar a Pablo deteniéndose unos segundos antes de dictar cada línea, como si al cerrar los ojos

viera a esa pequeña comunidad en Colosas reunida en silencio, escuchando la carta que llegaría meses después.

¿Ustedes creen que si las cartas de Pablo no estuvieran ungidadas habrían traspasado los siglos y las culturas? Pablo les explicó que no bastaba con defender la fe con pasión, sino que debían alzar sus ojos hasta ver a Cristo entronizado sobre todo poder, sobre todo trono visible e invisible.

Frente a la sutileza de los falsos maestros, la única defensa no era la polémica ni el debate interminable, sino la visión gloriosa de un Cristo que lo llena todo y lo sostiene todo. Las palabras del apóstol brotaron como un río que encontraba su cauce:

***“Y Él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz.”***

Colosenses 1:18 al 20

Esa era la revelación que los colosenses necesitaban: no añadidos humanos, no rudimentos del mundo, sino la certeza de que Cristo es plenitud, suficiencia absoluta, cabeza de la Iglesia y Señor de la creación. Ante estas expresiones resalta no solo la grandeza y la soberanía de Cristo, sino

también la obra de reconciliación producida en la cruz. Esta es una extraordinaria revelación paulina.

Este texto es uno de los más densos y gloriosos de la teología paulina, pues nos introduce al corazón mismo de la obra de Cristo en la cruz y su alcance universal. El apóstol nos muestra que la muerte de Cristo no es solo un acto de redención individual, sino un acontecimiento cósmico con implicaciones eternas para toda la creación. En este pasaje encontramos tres elementos principales: la reconciliación, la universalidad de la obra y la paz mediante la sangre de la cruz.

La reconciliación es el eje central. El término implica restaurar una relación rota, volver a unir lo que estaba separado. Pablo enseña que el pecado introdujo una fractura en todo el orden creado, no solo entre el ser humano y Dios, sino también en las relaciones entre los hombres, entre la humanidad y la creación misma, e incluso en las regiones celestiales donde se libran conflictos espirituales (**Efesios 6:12**).

La cruz, entonces, es el punto de convergencia donde Dios actúa para restaurar el orden original, traer unidad bajo la autoridad de Cristo y deshacer las consecuencias devastadoras del pecado.

La frase *“todas las cosas, las que están en la tierra como las que están en los cielos”* nos lleva a considerar el alcance universal del sacrificio de Cristo. Esto no significa

una salvación automática para todos los seres o poderes, sino que no hay esfera del universo que quede fuera de la influencia reconciliadora de la cruz.

En la tierra, esto se manifiesta en la redención de hombres y mujeres de toda nación (**Apocalipsis 5:9**), y en los cielos, en la victoria sobre las potestades espirituales que se habían rebelado contra Dios (**Colosenses 2:15**). Así, la cruz no solo nos reconcilia individualmente, sino que inaugura una nueva creación en la cual Cristo será todo en todos (**1 Corintios 15:28**).

El medio de esta reconciliación es la sangre de la cruz. Pablo no presenta la paz como un acuerdo diplomático ni como un simple acto de buena voluntad divina, sino como el resultado de una muerte sacrificial. La sangre derramada de Cristo satisface la justicia divina, desarma el poder del pecado y de la muerte, y abre un camino seguro hacia la paz verdadera.

No hay reconciliación sin cruz, y no hay paz duradera que no pase por el sacrificio del Hijo. Aquí se revela el carácter radical del evangelio: la paz con Dios y la restauración de todas las cosas no son fruto de esfuerzos humanos, sino del precio pagado en el Gólgota.

En términos prácticos, este pasaje nos invita a vivir como agentes de esa reconciliación. Si Cristo reconcilió todas las cosas consigo mismo, la Iglesia está llamada a ser un testimonio vivo de esa paz. Esto implica abandonar las

enemistades, derribar muros de división, buscar la unidad del Espíritu y proclamar que solo en Cristo hay reconciliación con Dios y entre los hombres.

También nos recuerda que la verdadera paz no se alcanza mediante negociaciones humanas ni filosofías pasajeras, sino únicamente bajo la sangre de Cristo, que limpia, sana y restaura lo que el pecado había destruido.

En conclusión, **Colosenses 1:20** nos eleva la mirada hacia el alcance majestuoso de la obra de Cristo. La cruz no es un hecho aislado en la historia, sino el centro donde Dios decide reconciliar y restaurar todas las cosas para Sí mismo.

Desde ese madero sangriento brota una paz que trasciende los límites humanos y que un día abarcará todo el universo renovado bajo el señorío eterno de Jesús. Nuestra respuesta, entonces, es rendirnos a esa reconciliación y vivir como portadores de esa paz, anticipando la plenitud de la restauración final en los cielos y en la tierra.

*“Por tanto, de la manera que recibieron a Cristo Jesús el Señor, así anden en Él; arraigados y sobreedificados en Él... porque en Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en Él...”*

Colosenses 2:6 al 10

Pablo deja en claro que no hay lugar para añadiduras ni para la dependencia de otras fuentes de sabiduría que no sea Jesucristo. Todo lo que el alma busca, todo lo que el

corazón anhela, todo lo que el espíritu necesita está en Cristo y fluye solo de Cristo.

Así comenzaba a nacer la carta a los colosenses, entre cadenas y oraciones, entre el ardor del celo apostólico y el peso de la intercesión de Epafras. Una carta que no era solo tinta sobre papiro, sino el latido del cielo sobre una iglesia que debía aprender a mirar hacia arriba: ***“a las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios”*** (Colosenses 3:1).

Y mientras Pablo dictaba y Epafras gemía, el Espíritu de Dios edificaba un muro invisible de verdad y gloria alrededor de esa pequeña iglesia que, aunque nunca había visto el rostro del apóstol, estaba a punto de contemplar el rostro del Rey eterno a través de sus palabras.

***“Cristo es la imagen del Dios invisible”***, dictaba Pablo con voz firme, mientras la tinta se impregnaba en el pergamino. ¡Qué palabras tan grandes para un pueblo tan pequeño! Y, sin embargo, esas palabras eran la única medicina para las almas confundidas.

Cristo no era un profeta más ni un maestro entre muchos; era la revelación visible de Aquel que nadie podía ver, la plenitud de la Deidad habitando entre los hombres. Todo lo creado, lo visible y lo invisible, tronos, dominios, principados y potestades, había nacido de sus manos y seguía existiendo sostenido por su palabra (Colosenses 1:16 y 17). Si Cristo es el principio y el sustento de todo, ¿qué podrían

ofrecer las filosofías humanas que añadiera algo a semejante gloria?

Aquellos hermanos necesitaban entender que el evangelio no era una doctrina entre otras, sino la realidad misma de la eternidad entrando en la historia. ***“En él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad”***, escribiría con fuerza, ***“y vosotros estáis completos en Él”*** (Colosenses 2:9 y 10). Completos, plenos, sin huecos, sin carencias. Nada que el mundo ofrezca, nada que el intelecto humano pueda producir, puede añadir algo a esa plenitud.

En sus oraciones, Pablo veía con los ojos del espíritu a esos creyentes tentados a agacharse para beber de fuentes turbias, cuando tenían un río cristalino fluyendo desde Cristo mismo. Lo veía y su corazón se encendía con una santa indignación. Por eso insistía:

***“De la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, así andad en él; arraigados y sobreedificados en él, confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias...”***

Colosenses 2:6 y 7

Era como si gritara desde la cárcel a una iglesia lejana: “¡No miréis a los costados! ¡No dejéis que la niebla de las ideas humanas tape el sol de la gloria de Cristo! ¡Todo lo que vuestra alma necesita ya lo tenéis en Él!”

Pablo sabía que los tiempos eran peligrosos, que los espíritus engañosos se disfrazaban de piedad, que la mente humana se enredaba fácilmente en discursos sofisticados pero vacíos. Frente a eso, no había otra defensa que Cristo mismo, contemplado en toda su grandeza. La carta debía llevarlos a levantar la mirada, a desprenderse de lo terrenal para fijar sus pensamientos en lo eterno:

***“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra, porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.”***

Colosenses 3:1 al 3

Así, en la quietud de la noche, se tejía un mensaje que no solo respondería a los problemas de una iglesia lejana, sino que traspasaría los siglos. Cada línea llevaba la fuerza de un río de revelación que venía del cielo, recordando a todo creyente que Cristo no es una parte del camino, ni una de muchas verdades, ni un fragmento de la vida espiritual. Él es el todo, la plenitud de Dios hecha hombre, el centro alrededor del cual todo debe girar.

Cristo no solo es la cabeza de la Iglesia; es la Cabeza sobre todo principado y potestad. No es un maestro entre maestros; es la Sabiduría encarnada que da sentido a la creación entera. No es un camino hacia Dios; es Dios mismo caminando hacia nosotros, despojándonos de las tinieblas, revistiéndonos de luz y llevándonos al Padre.

Por eso, al final de la carta, el corazón del apóstol ardía en un ruego: que los colosenses no se dejaran cautivar por palabras engañosas, que no buscaran plenitud fuera de Cristo, que no se postraran ante filosofías vacías ni reglas humanas incapaces de dar vida.

Pablo sabía que el peligro de Colosas era también el peligro de cada generación: olvidar que Cristo lo llena todo. Cambiar la mirada del Hijo por destellos pasajeros, confiar en fórmulas, en tradiciones, en pensamientos humanos más que en la persona viva de Cristo. Por eso sus palabras no eran solo para aquella iglesia, sino para todo corazón tentado a sustituir la sencillez del evangelio por añadiduras que no salvan ni transforman.

La carta a los colosenses sigue gritando a los siglos: ***“Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios; buscad las cosas de arriba.”*** Y mientras la carta era sellada, la fe del apóstol y la carga de Epafras se unieron para soltar sobre la iglesia de Colosas y sobre el mundo entero los fundamentos para sostener la fe, más allá de las hostilidades del sistema.

Tal vez la carga que había traído Epafras en su alma no desapareció por completo, porque esa es la naturaleza pastoral, pero seguramente se hizo más ligera al ver cómo el Señor mismo tomó el peso de Su Iglesia. Pablo sabía que la verdadera obra no la haría la carta, ni los esfuerzos humanos por corregir errores. Solo Cristo, revelado por el Espíritu, podía traer plenitud y firmeza al corazón de los colosenses. Esta es una gran revelación paulina para los pastores de hoy.

Hay demasiados pastores frustrados, agotados, abatidos por obras que no funcionan, por una evidente falta de compromiso que pesa demasiado. Muchos de estos pastores han llorado en la presencia del Señor, y muchos han pensado en abandonar el ministerio. Es lógico, porque la iglesia es una carga demasiado pesada para cualquier persona.

No podemos eludir una porción de carga, porque latimos con el corazón de Cristo y, sirviéndolo, llegamos a sentir lo que Él siente. Sin embargo, no debemos tomar toda la carga, porque es insostenible y nos terminará quebrando. Debemos hacer como Epafras: recurrir a los diseños y enseñanzas apostólicas, ungidas y equilibradas.

Si todo pastor hace esto, encontrará que no son los sistemas, que no son los métodos de trabajo, que no son las estrategias humanas las que sostienen la obra. Es la unción del Espíritu Santo, es la revelación de la Palabra correcta y es la obra determinante de Cristo, quien no solo es el centro del universo y de toda la creación, sino el Creador, el Dueño y el Señor de Su Iglesia.

Cristo, el Señor de todo, el que llena lo visible y lo invisible, el que es suficiente para salvar, sostener y llevar a la Iglesia hasta la eternidad. Aún hoy, al leer estas palabras, resuena el eco de aquella madrugada en la celda romana: Cristo es el centro. Cristo es la plenitud. Cristo es la única roca firme sobre la que debe levantarse la Iglesia, en medio de los vientos de doctrinas y filosofías pasajeras.

Ruego que hoy, mientras el corazón de todo líder y pastor se abre, brote una oración parecida a la de Epafras y una revelación paulina que les permita comprender que la Iglesia es del Señor y que no debemos ponerla sobre nuestros hombros ni apropiarnos de ella. Sino que debemos trabajar en dependencia del Espíritu Santo, para recibir sabiduría, revelación y entendimiento sobre cómo debemos conducir Su obra.

Debemos creer que la Iglesia, más allá de lo que parezca, despertará gloriosa y superará victoriosa toda hostilidad que se incrementa en estos tiempos finales. Solo debemos buscar la presencia de Dios y trabajar en la unción, para que Él tome el control y sea Él quien se glorifique.

Tal vez Epafras partió al amanecer, llevando consigo la carta que era fuego y luz para esa iglesia distante. Cosas quedaba ahora en manos del Espíritu y de la gracia que nunca falla, pero el viaje de las revelaciones no se detenía y no se detendrá.

Nuevas cargas, nuevas iglesias y nuevos desafíos esperaban en el horizonte, y el apóstol, aún entre cadenas, se preparaba para seguir revelando la insondable riqueza de Cristo allí donde la oscuridad pretendía apagar la luz del Reino. Y créanme, lo hizo de tal manera que nos sigue llegando en estos días de tanta necesidad. Dios nos permita comprender la importancia de magnificar la obra soberana y la persona gloriosa de Jesucristo.

***“Andad sabiamente para con los de afuera, redimiendo el tiempo. Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno...”***

Colosenses 4:5 y 6



## Capítulo cuatro

# FILEMÓN EL EVANGELIO QUE RECONCILIA

Alineados para el avance

*“Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomádoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación.”*

2 Corintios 5:18 y 19

La pluma de Pablo no tiembla, aunque su muñeca lleva el peso de las cadenas. Su escritura está cargada de gracia, de lágrimas y de un celo que nace en lo más profundo del espíritu. Afuera, Roma sigue su curso indiferente, con sus ruidos de comercio, sus cárceles llenas, sus esclavos sin nombre. Pero adentro, en la celda de un prisionero por causa del Evangelio, se escribe una carta que cambiará destinos.

Esta no es una epístola extensa como la que envió a los romanos, ni una exposición teológica como la que dirigió a

los efesios. Es una carta breve, personal, de esas que no se escriben con argumentos, sino con el corazón. Una carta para interceder por un hombre. Una carta por una vida regenerada. Una súplica cargada de gloria.

Para Pablo, Onésimo no era cualquier hermano. En los registros del Imperio podía ser solo otro esclavo fugitivo, alguien que rompió la ley huyendo de su amo, probablemente llevándose algo consigo. Pero en los registros del cielo, Onésimo había sido alcanzado por la gracia en el lugar más oscuro y transformado en hijo por medio del Evangelio.

Pablo lo había recibido no con la mirada de un juez, porque nadie mejor que él podía reconocer la gracia de Dios, sino con la ternura de un padre que ve en otro el mismo milagro que lo alcanzó a él en el camino a Damasco. No sabía que era buscado por la ley, pero sí sabía que era buscado por Dios.

¿Quién puede medir el valor de una vida reconciliada? ¿Quién puede pesar en la balanza celestial el milagro de un esclavo hecho hermano, de un fugitivo convertido en siervo útil en la casa del Padre? Mientras Pablo escribe, no está firmando simplemente un favor diplomático; está testificando de una verdad que ya había ardido en su espíritu cuando escribió a los gálatas:

***“Ya no hay esclavo ni libre, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús.”***

Gálatas 3:28

Esa verdad no era solo una declaración teológica, era una revolución silenciosa que rompía las estructuras del mundo conocido. En un tiempo tan difícil y fragmentado, el evangelio del Reino derribaba las categorías sociales; los muros entre amos y siervos se agrietaban, y los tronos del orgullo comenzaban a temblar, porque ese Ser es Rey, y todos los que en Él viven, se mueven y son (**Hechos 17:28**), se convierten en reyes, no en esclavos. Aquí encontramos una valiosa revelación paulina.

Humanamente hablando, los cristianos somos un grupo diverso. Procedemos de todas las naciones, tribus y grupos étnicos (**Apocalipsis 7:9**). Hablamos diferentes idiomas, tenemos distintos tonos de piel y reflejamos culturas y clases sociales únicas. Pero para todos los miembros de la familia de Cristo, la raza, el rango y el sexo pierden su significado, porque todos somos uno en Él.

El apóstol Pablo lo explicó muy bien escribiendo a los corintios: el cuerpo humano tiene muchas partes, pero las muchas partes forman un cuerpo entero; y lo mismo sucede con el cuerpo de Cristo. Entre nosotros hay algunos que son judíos y otros gentiles; algunos son esclavos y otros libres. Pero todos fuimos bautizados en un solo cuerpo y compartimos el mismo Espíritu (**1 Corintios 12:12 y 13**). Nuestra conexión espiritual nos une en una sola fe y una sola familia:

***“Pues hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, tal como ustedes fueron llamados a una misma esperanza gloriosa***

*para el futuro. Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, quien está sobre todos, en todos y vive por medio de todos.”*

Efesios 4:4 y 6 (NTV)

Esto exige unidad y armonía entre los hermanos y hermanas del cuerpo de Cristo. Debemos comportarnos como Jesús, de una manera digna de nuestra vocación, mostrando humildad, mansedumbre y paciencia, soportándonos mutuamente con amor y haciendo todo lo posible por mantener la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz (**Efesios 4:1 al 3**).

Podemos aceptar nuestras diferencias, incluso celebrarlas, siempre que, por encima de todo, nos revistamos de amor, que es lo que nos une a todos en perfecta armonía (**Colosenses 3:14**). La unidad de los creyentes se refleja en la oración que Jesús hizo al Padre antes de ser crucificado:

*“Que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti... para que el mundo crea que tú me enviaste... para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado...”*

Juan 17:21 al 23

La unidad por la que Cristo oró no es una unidad organizativa o confesional, sino una unidad espiritual basada en la fe en Él y en la gloria de Dios en el interior. La armonía

cristiana no se fundamenta en lo externo de la carne, sino en lo interno y eterno del Espíritu en la persona interior.

Pablo también dejó claro que en esta vida nueva no importa si uno es judío o gentil, si está circuncidado o no, si es inculto, incivilizado, esclavo o libre. Cristo es lo único que importa, y Él vive en todos nosotros (**Colosenses 3:11**). ¿Cómo podemos despreciar o discriminar a alguien si Cristo, nuestro Salvador, vive en él? ¿Cómo podemos juzgar a alguien si es Dios quien nos ha juzgado en Cristo?

Los cristianos debemos estar unidos en pasión, plan y propósito, así como el Padre y el Hijo están unidos en lo mismo. Todos los cristianos somos vasos de barro llenos de un tesoro glorioso (**2 Corintios 4:7**). Todos los cristianos somos redimidos por la misma sangre; todos vamos al mismo cielo; tenemos una aspiración compartida, un enemigo compartido y una esperanza y alegría compartidas.

Filemón, el destinatario de esta carta, no era un extraño. Era un creyente, un colaborador, quizás un líder de la iglesia que se reunía en su propia casa. Pablo lo conocía, lo amaba, y por eso no le ordena, sino que le ruega. No apela al deber, sino al amor. No escribe desde la imposición apostólica, sino desde la humildad del que está preso por causa de Cristo.

*“Te ruego por mi hijo Onésimo”*, escribe Pablo. Y en esa línea, cada palabra es una semilla. Mi hijo. Ya no es esclavo. Ya no es un fugitivo. Ya no es un hombre indigno.

Pablo ve en él a un hijo, y se pone en la brecha como lo haría un padre por su primogénito. No es una simple cuestión legal: es un asunto de redención.

El evangelio que Pablo predica no es teórico. No se limita a los altares ni se encierra en los rollos. Es un evangelio que camina, que toca a los olvidados, que escribe cartas por los que no tienen voz. Es un evangelio que reconcilia, no por conveniencia, sino por convicción. Un evangelio que no se avergüenza de suplicar por el más pequeño, porque sabe que el Reino pertenece a tales como él.

Pablo escribe como quien pone su corazón sobre la mesa. Pide que Onésimo sea recibido, no como esclavo, sino como hermano amado. No hay en ello un idealismo ingenuo, sino la comprensión profunda de lo que el evangelio hace cuando se vive en plenitud.

El evangelio no solo perdona el pecado, sino que reordena las relaciones humanas. No solo reconcilia al hombre con Dios, sino que derriba las barreras que el pecado levantó entre los hombres. Y lo hace no con violencia, sino con amor. No con leyes, sino con gracia.

La celda de Pablo se convierte así en un altar de intercesión. No hay multitudes escuchando. No hay milagros visibles. Solo una pluma, un pergamino, una cadena y un apóstol escribiendo. Pero el cielo está atento. Porque cada vez que se busca reconciliación, el corazón de Dios se

conmueve. Y cuando un creyente elige el camino del perdón, algo se libera en la atmósfera espiritual.

La carta a Filemón no fue escrita solo para una época. Fue escrita para todo tiempo donde el evangelio necesite encarnarse en decisiones difíciles, en relaciones rotas, en corazones tentados a rechazar cuando Cristo llama a recibir.

Hay decisiones que solo se toman desde la cruz. Pablo no estaba pidiendo algo lógico; estaba clamando por algo espiritual. Filemón debía mirar a Onésimo no como lo que había sido, sino como lo que ahora era en Cristo. Y esa mirada solo nace cuando uno ha sido quebrantado por la gracia.

El evangelio no actúa desde la superficie, sino desde la raíz. No modifica comportamientos para complacer; transforma corazones para testificar. Pablo no escribe para maquillar una situación incómoda, sino para ponerla a la luz del Reino, donde todo lo oculto es revelado y todo lo roto puede ser restaurado.

La reconciliación no es una estrategia, es un milagro. Y cada milagro necesita fe, no solo en Dios, sino en la obra que Dios puede hacer en los demás. Pablo sabía que el evangelio que predicaba no era solo para salvar a los perdidos, sino para sanar a los heridos, para desarmar las cadenas invisibles que la cultura, la historia y el pecado han tejido sobre las relaciones humanas.

Onésimo no volvería igual, porque ya no era el mismo. Algo eterno lo había abrazado. Algo irreversible había sucedido en su interior. El mismo evangelio que liberó a Pablo del odio ahora liberaba a Onésimo de su pasado, porque en Cristo fue transformado en una nueva criatura. Y esa libertad debía ser reconocida por Filemón, aunque todo en la lógica social le dijera lo contrario. Aquí se suelta al mundo una nueva revelación paulina.

La nueva criatura se describe en **2 Corintios 5:17**: “*De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.*” La frase “*de modo que*” nos remite a los versículos **14** al **16**, donde Pablo nos dice que todos los creyentes han muerto con Cristo y ya no viven para sí mismos.

Nuestras vidas ya no son de este mundo; ahora son espirituales. Nuestra muerte es la de la vieja naturaleza pecaminosa que fue clavada en la cruz con Cristo, sepultada con Él, y así como Él fue resucitado por el Padre, así también nosotros somos levantados para andar en vida nueva (**Romanos 6:4**). Esa nueva persona que fue levantada es la que Pablo menciona en **2 Corintios 5:17** como la nueva criatura.

No hemos heredado la naturaleza nueva; no decidimos re-crearnos a nosotros mismos. Ni tampoco podemos decir que Dios solo limpió nuestra vieja naturaleza; Él creó algo totalmente fresco y único. La nueva creación es completamente nueva, traída de la nada, al igual que todo el

universo fue creado de la nada misma. Solo el Creador Todopoderoso puede lograr tal hazaña.

***“Quizás para esto se apartó de ti por algún tiempo, para que le recibieses para siempre.”***

Filemón 1:15

Esa frase lleva el perfume de la providencia. Pablo está enseñando, con suavidad y poder, que incluso los episodios de pérdida pueden ser parte de un plan mayor. Que incluso las heridas del abandono pueden convertirse en escenarios de redención. Que lo que se escapa de nuestras manos, Dios puede volverlo a traer con gloria, diferente, transformado y eterno.

Filemón debía mirar más allá del hecho. Más allá de la traición. Más allá del dolor. Y para eso necesitaba mirar desde Cristo. Porque el amor fraternal no es un sentimiento efímero, sino una elección diaria, inspirada por la cruz.

Pablo lo sabía. Por eso no fuerza una obediencia ciega, sino que eleva una súplica basada en el amor. No impone, convence. No exige, revela. Y en esa postura, enseña algo más profundo que cualquier tratado de teología: la autoridad espiritual se ejerce sirviendo, intercediendo y entregándose por completo.

Aquí, el apóstol ya anciano y encadenado se muestra en su forma más pura: como padre espiritual, como siervo de Cristo, como modelo del evangelio que no busca ser servido,

sino servir. Pablo está dispuesto incluso a pagar la deuda de Onésimo: ***“Si en algo te dañó, o te debe, ponlo a mi cuenta.”***

¿Quién habla así sino alguien que ha entendido el corazón de Cristo? Esa línea no es solo una frase pastoral, es una imagen del mismo evangelio. Porque eso hizo Jesús por nosotros: tomó nuestra deuda, se puso en nuestro lugar, intercedió con sangre y redención.

Y así, la carta a Filemón se convierte en un espejo, no solo para su destinatario, sino para cada creyente que alguna vez ha tenido que decidir entre el rechazo y el perdón, entre la justicia humana y la gracia divina, entre el recuerdo de la herida y la visión del nuevo nacimiento.

Este evangelio que reconcilia no es débil. No es sentimentalismo. Es poder. Poder para unir lo que el mundo divide. Poder para igualar lo que la cultura separa. Poder para decir con convicción: ***“ya no hay esclavo ni libre, porque todos somos uno en Cristo Jesús”***.

Las cadenas que Onésimo había llevado ya no lo definían. El evangelio no le dio una nueva oportunidad, le dio una nueva identidad. Y cuando Pablo escribe, no está gestionando un regreso, sino anunciando una resurrección. No está abogando por alguien reformado, sino testificando de alguien renacido. Y eso solo el Reino puede lograrlo.

La carta fue enviada. Onésimo caminó de regreso con ella en sus manos, no como quien se entrega a su castigo, sino

como quien vuelve a casa con la dignidad recuperada. Cada paso hacia Filemón seguramente ha sido como una declaración de fe. No había garantías humanas, pero sí una promesa invisible: que el evangelio podía abrir puertas que la culpa había cerrado, que la gracia podía restaurar vínculos que el dolor había destrozado.

¿Qué hizo Filemón al recibir la carta? No lo sabemos con certeza, pero la permanencia de esta epístola en el canon bíblico nos sugiere que la respuesta fue tan gloriosa como la súplica. Si la carta se conservó, es porque la reconciliación fue más poderosa que el resentimiento. Porque el amor venció. Porque la fe obedeció. Y ese es el verdadero milagro: no solo que Onésimo fue transformado, sino que Filemón fue alcanzado por la misma gracia que había transformado a su esclavo.

La Iglesia necesita volver a leer esta carta con la luz del Espíritu. No con la frialdad del análisis, sino con el temblor de los que saben que la vida en comunidad no se edifica con teorías, sino con decisiones de amor radical.

Debo decir que aún hay muchos Onésimos que caminan con cartas en la mano, buscando hogares espirituales que los reciban no como lo que fueron, sino como lo que ahora son en Cristo. Y aún hay Filemones que necesitan oír al Espíritu susurrar: ***“Recíbelo como a mí mismo...”***

Pablo se puso en medio. Ese lugar incómodo, pero bendito. Ese espacio entre el que huyó y el que fue herido. No era su asunto, pero lo convirtió en su causa. Así opera el evangelio: nos involucra en los dolores ajenos hasta hacerlos propios, nos invita a ser puentes donde otros solo ven abismos. El evangelio que reconcilia no es cómodo, pero es glorioso. Porque cada reconciliación es un trono donde Cristo reina, y cada perdón es un terreno donde el Reino avanza.

Esta carta es un eco para nuestra generación. En un mundo fragmentado, polarizado y lleno de muros invisibles, la Iglesia está llamada a encarnar la verdad de **Gálatas 3: “Todos sois uno en Cristo Jesús.”** No hay títulos que nos eleven por sobre otros. No hay historias que nos hagan irreconciliables. Si hemos sido hechos hijos por la sangre, también hemos sido hechos hermanos por el Espíritu. Y esa hermandad no es simbólica, es práctica, tangible y exigente.

¿Puede el evangelio reconciliar a los enemigos? ¿Puede restaurar matrimonios rotos, familias divididas, congregaciones heridas, generaciones distanciadas? Sí. Pero solo si estamos dispuestos a escribir cartas con el alma, a caminar con los que regresan, a perdonar con la misma medida con que fuimos perdonados. Solo si dejamos de hablar de gracia como doctrina y comenzamos a ofrecerla como abrazo.

En Filemón y Onésimo, la Iglesia ve dos extremos de la condición humana: el herido que necesita aprender a recibir de nuevo y el errante que necesita ser recibido sin

condiciones. Y en Pablo, vemos el rol que nunca debemos perder: el de mediador, el de constructor de puentes, el de testigo de una gracia que no solo salva, sino que también une, restaura y honra.

Ruego que nuestras congregaciones sean lugares donde los Onésimos no teman volver. Que nuestros corazones sean hogares donde los Filemones escuchen a Cristo hablar más fuerte que sus recuerdos. Que nuestras vidas sean cartas vivas de reconciliación. Porque el evangelio no vino solo a decirnos que Dios nos ama. Vino a enseñarnos a amar como Él ama, a perdonar como fuimos perdonados, a recibir como fuimos recibidos, a abrir los brazos como Él los abrió... en una cruz que reconcilió al mundo consigo mismo.

***“Sean comprensivos con las faltas de los demás y perdonen a todo el que los ofenda. Recuerden que el Señor los perdonó a ustedes, así que ustedes deben perdonar a otros.”***

Colosenses 3:13 (NTV)



## Capítulo cinco

# **CRETA UNA FE SANA EN UNA CULTURA ENFERMA**

Un liderazgo comprometido

*“Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda maldad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.”*

Tito 2:11 al 14

Pablo recuerda la isla de Creta con un peso en el alma, como quien contempla un campo demasiado seco para hacer brotar vida, pero también sabe, por experiencia propia, que a pesar de la dureza, Dios puede hacer germinar vida en ese lugar. Solo considera que se necesitan obreros idóneos para trabajar desde la unción y con un entendimiento claro de la gracia divina.

Creta era una tierra de raíces profundas, pero también de sombras densas. Allí, la corrupción se había anidado en el corazón de la cultura, la mentira era moneda corriente y el camino del hombre tendía a la oscuridad. Pablo la conocía muy bien, no desde un viaje placentero, sino desde la urgencia de una misión realizada tiempo atrás. Esto se desprende de la posición que asume al principio de la carta:

***“Por esta causa te dejé en Creta, para que corrigieses lo deficiente, y establecieses ancianos en cada ciudad, así como yo te mandé...”***

Tito 1:5

Con cada palabra que el apóstol escribió a Tito, estaba creando no solo una carta, sino el destino espiritual de un pueblo difícil y un precedente para toda iglesia, en todo lugar y a lo largo de la historia del cristianismo. Al momento de escribir a Tito, Pablo seguramente no imaginó que no solo el destinatario la leería, sino millones de personas en todo el mundo. Tal vez como un recordatorio de que todo lo que hacemos en Cristo es eterno y trascendente.

Es muy impactante que alguien escriba una carta y que esta llegue a millones de personas, trascendiendo incluso el tiempo. Quizá el apóstol, comprendiendo las limitaciones de los medios de aquellos días, ni siquiera tuvo la certeza de que esa carta llegaría a destino. Hoy, sin embargo, vemos que no solo llegó, sino que trascendió la historia.

Incluso al pensar en esto, resulta alentador para mí, porque escribo libros para enseñar a la Iglesia y sé que han llegado a lugares del mundo donde nunca he estado. Han superado mis huellas y, cuando yo no esté, tengo la fe de que mis escritos seguirán circulando. Esto no lo digo comparándome con la virtud literaria de Pablo, sino aprendiendo de su fe en tiempos de adversidad.

Creta era un territorio hostil, y no necesitaba simples órdenes doctrinales, sino un pastor que fuera reflejo del Buen Pastor. Desde Nicópolis, después de su primer encarcelamiento en Roma, Pablo tomó la pluma con la mirada fija en ese áspero panorama y, reconociendo la capacidad de Tito, lo aconsejó.

La realidad de Creta no era fácil: no solo tenía un pueblo rebelde, sino una iglesia naciente que debía ser edificada con manos firmes y corazón compasivo. La misión de Tito era clara, pero monumental. Pablo le ordenó que designara ancianos íntegros, capaces de ejercer sus responsabilidades junto a sus familias.

La palabra ancianos se usa ampliamente en el Nuevo Testamento, describiendo principalmente la madurez necesaria en los líderes. Los ancianos u obispos eran los pastores de las congregaciones en diferentes ciudades de Creta. Pablo encomienda a Tito que esos ancianos sean irreprochables, maridos de una sola mujer, fieles a sus hijos y con dominio propio (**Tito 1:5 y 6**). Estas no fueron meras

reglas impuestas, sino el fundamento de un liderazgo piadoso capaz de cambiar la historia.

La revelación paulina no dictó una reprimenda correctiva para los hermanos; se dirigió directamente al liderazgo. Aquí tenemos algo muy importante que aprender: la Iglesia no puede ser mejor que el liderazgo que posee. El Señor siempre trabajó primeramente en los líderes y, a través de ellos, transmitía al pueblo Su voluntad.

Cuando los líderes eran fieles y capaces de recibir y transmitir la voluntad de Dios correctamente, el pueblo reaccionaba y la bendición se manifestaba. Un buen ejemplo de liderazgo íntegro fue Samuel, mientras que un mal ejemplo fue Elí, quien se pervirtió junto a sus hijos.

Si mencionamos líderes gobernantes, David fue ejemplar, mientras que Saúl mostró un liderazgo frágil y desobediente. Aunque pertenecieron a pactos diferentes, estos ejemplos bíblicos nos ayudan a comprender que la integridad, la responsabilidad y el sano temor de un líder siempre producirán beneficios para su pueblo.

En Creta, el desafío no era solo administrativo, sino profundamente espiritual. En medio de una cultura enferma, donde la mentira y la corrupción impregnaban el aire como humo venenoso, Pablo invita a Tito a ser faro de verdad y enseñanza sana. Porque la fe sana no es un ideal abstracto, sino la gracia que educa y moldea vidas para vivir en la verdad y la santidad.

La fe no es, como algunos creen, un simple refugio para el escapismo, ni una fuerza activa para la conquista. Es una virtud basada en la comprensión del Reino, capaz de transformar el tejido mismo de una comunidad espiritual. La carta de Pablo es un llamado a restaurar no solo el orden externo, sino el corazón de la iglesia, para que refleje la gloria de Cristo en un mundo que lo niega y se resiste a creer en Él.

Y esa gracia, que impregna todo el mensaje paulino, es el motor de la transformación. No se basa en la ley ni en la rigidez, sino en la revelación de Dios, que nos salvó y nos llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según Su propósito y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos (**2 Timoteo 1:9**).

La gracia no es solo el inicio de la fe, sino también la educación diaria para vivir en medio de la maldad sin ser corrompidos por ella. La gracia nos otorga la vida, pero además nos forma, nos disciplina y nos fortalece. Es la operación diaria de la gracia la que nos permite funcionar efectivamente en todo, por lo que su revelación nos hace dependientes del obrar del Espíritu Santo.

En el fondo de esta carta a Tito late la urgencia de un apóstol que no quiere ver al pueblo naufragar entre falsos maestros, ni perderse en la confusión de una cultura hostil. Pablo sabe que solo la fe sana puede sostener a la iglesia, esa fe que no teme enfrentarse a las sombras porque está arraigada en la luz que no se apaga. Por eso escribe con autoridad y amor, con firmeza y ternura, como quien conoce

el camino, pero también las batallas que se enfrentan en la vida del Reino.

Históricamente, se sabe que la isla de Creta era una tierra inhóspita, donde la corrupción no era solo un mal social, sino un veneno que se infiltraba en las venas mismas de la gente. Hoy sabemos muy bien lo que eso significa. También comprendemos que la cultura no debería penetrar la Iglesia, aunque indudablemente lo hace.

Allí, la mentira no era un accidente, sino una forma de vida; el egoísmo, la traición y la indiferencia marcaban el ritmo de las calles. En medio de ese paisaje moral sombrío, Pablo no se limitó a emitir reglas o cualidades para elegir obreros, sino que señaló el corazón de la batalla espiritual. Estaba identificando la necesidad de hombres y mujeres cuya fe no fuera frágil, sino sólida y viva; cuya integridad no pudiera ser cuestionada; cuya comprensión de la gracia les permitiera expandirse predicando el evangelio del Nuevo Pacto.

Esa fe mencionada por Pablo no es producto de una educación humana ni de una disciplina externa. Es la obra de la gracia, que se ha manifestado para enseñar a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y a vivir con sobriedad, justicia y piedad en este siglo (**Tito 2:11 y 12**). La gracia aquí es maestra, educadora, moldeadora. No es indulgente ni pasiva, sino activa y exigente. Enseña, corrige y transforma. No para esclavizar, sino para liberar al creyente y permitirle vivir la libertad con responsabilidad y amor.

Pablo le recuerda a Tito que la transformación no es solo para beneficio personal, sino para el bien común, para la iglesia y para la sociedad. Es un llamado a un testimonio que brille como luz en medio de las tinieblas. Debemos aprender que predicar el evangelio no se trata solo de palabras; también debemos dar buen testimonio.

Si la Iglesia de este siglo pretende ser efectiva, debe ser capaz de penetrar el sistema con cambios contundentes. El mundo no se conmueve con gente buena o con personas que solo dicen conocer la verdad. Para la cultura actual, la verdad es relativa, y ser buenos puede ser considerado en algunos casos ingenuo o simple. El sistema es hostil; realmente necesitamos algo más que eso.

Jesús dijo que no solo debemos ser luz, sino también sal de la tierra. Sin embargo, aclaró que si la sal pierde sus cualidades, solo será pisoteada (**Mateo 5:13**). Esto indica que nuestras características deben estar bien marcadas para afectar a la sociedad. Necesitamos expresar bondad, pero también humildad, integridad, compasión, actitud, gozo y, sobre todo, sabiduría espiritual.

Lo bueno es que la misma gracia que nos salva es la que nos capacita para vivir vidas dedicadas a buenas obras, a ser ejemplo para otros, a resistir la corrupción del mundo y a afirmar la verdad que libera. En un tiempo donde las mentiras se diseminan como fuego, la iglesia debe mostrar la integridad que viene de Dios, la coherencia entre la fe y la vida, entre la palabra y la acción.

Los líderes que Pablo encomienda a Tito no son solo administradores de normas, sino custodios de un misterio vivo: la gracia que ha redimido y que debe ser manifestada en cada actitud, enseñanza y acto de amor. El apóstol pide que sean faros de esperanza, hombres irrepreensibles, firmes en su fe, capaces de guiar a otros con paciencia y con amor sincero. Porque solo un liderazgo cimentado en la gracia puede resistir las embestidas de una cultura que desafía y corrompe.

Pablo sabe muy bien que el orden visible es reflejo del orden espiritual. Por eso insiste en el dominio propio, la fidelidad familiar, la sobriedad y la piedad. Estos no son meros valores sociales, sino expresiones tangibles de una vida redimida por la gracia, que ahora refleja el carácter de Cristo.

Tito no es solo un delegado con instrucciones; es un pastor con la tarea sagrada de restaurar el alma de un pueblo que lucha por no perderse en su propia oscuridad. La tarea de Tito no fue fácil, y aún hoy, con todos los medios y evidencias de lo que Dios desea, es difícil encontrar obreros determinados. En esa época, supongo que también fue algo sumamente complicado.

Ciertamente agradezco a Dios por cada uno de los obreros que el Señor tiene en estos tiempos, pero ruego por ver a todo un pueblo sirviendo a Dios con sus vidas en todo tiempo y lugar. No debemos tomar a la ligera ni simplificar el representar a Dios en una sociedad tan compleja. Somos

embajadores del Reino y todos deberíamos actuar con suma responsabilidad y entrega.

Lamentablemente, durante muchos años nos enseñaron que servir a Dios era hacer algo únicamente dentro de los ámbitos de la congregación. Pero ese no era el diseño en la época de Pablo. La Iglesia del primer siglo no contaba con grandes edificios adornados con carteles luminosos. La comunidad de esa época se reunía en simples hogares familiares.

Hoy en día debemos recobrar el diseño de las casas, no porque nuestros salones de reunión sean inútiles, por el contrario, es hermoso que podamos utilizarlos, y un día pueden llegar a ser un recuerdo glorioso. Debemos reconocer que en los tiempos finales todo eso terminará, y que la Iglesia, antes de la venida del Señor, volverá a ejercer la fe desde los hogares, muchos de ellos oprimidos por el sistema.

No pretendo en este libro profundizar en detalles escatológicos, pero hoy debemos analizar proféticamente los tiempos que se avecinan. Tal vez la sociedad actual no sea tan precaria como la de Creta, pero la mutación de la cultura no ha sido una mejora en todos los aspectos. Detrás de la máscara de la evolución científica y cultural, sigue manifestándose el reino de las tinieblas, tal vez de manera más sutil, pero no menos violenta.

Pablo comprendió que las presiones que genera el temor no eran, y nunca serán, un fundamento del Reino. Él

nunca accedió a implementar ningún tipo de manipulación con tal de lograr la actitud correcta en su gente. El mensaje del Reino es superador y está impregnado de la gracia. Pablo sabía que solo la revelación activa a las personas de manera sobrenatural e inquebrantable, por eso escribió:

***“Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros. Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna.”***

Tito 3:3 al 7

La gracia que Pablo describe no es un concepto abstracto, ni una idea bonita para repetir en los púlpitos. Es la fuerza viva que entra en el alma, reestructura todo el ser, desafía las corrientes del mundo y permite sostenerse firme cuando todo conspira contra la verdad.

En medio de una cultura enferma, la fe sana es un acto de valentía. No se trata de negar la realidad ni de evadir la lucha, sino de caminar con los ojos abiertos, sabiendo que el

poder que sostiene viene de Aquel que nos amó primero. La revelación paulina nos arrincona y nos obliga a andar por la verdad sin pensar que dicha verdad es débil, por más que nos conduzca a la entrega total.

Pablo le recuerda a Tito que la salvación que recibimos no es por obras humanas, sino por la misericordia de Dios manifestada en Cristo Jesús. Esa misericordia es la base de una vida nueva: una vida que renuncia al pasado oscuro y mira hacia el futuro con una esperanza firme, afincada en la eternidad. Es gloriosa, pero también comprometedora.

La fe sana no solo se aferra a la gracia que salva, sino que se convierte en la luz que ilumina las decisiones diarias, las relaciones rotas, las tentaciones del mundo y las dudas del alma. Es la fe que se manifiesta en acciones, palabras y testimonios. No necesitamos promesas vanas nacidas de buenos deseos, ni hacerle creer a los hermanos que el evangelio está diseñado solo para obtener bendiciones agradables. La verdad es liberadora más allá de cualquier adversidad producida por la vida de fe.

Este llamado no es solo para Tito ni para los líderes de Creta. Es para cada creyente que habita un mundo donde la mentira, la corrupción y la indiferencia buscan robar la verdad y apagar la luz. Somos llamados a ser custodios de la sana doctrina, modelos de sobriedad, justicia y piedad; portadores de la gracia que educa y transforma, que no solo salva, sino que forma discípulos firmes y valientes.

Creta, con su historia dura y su pueblo difícil, se convirtió en un símbolo para la iglesia de todos los tiempos. Allí donde la oscuridad parece invencible, la luz del evangelio puede brillar con mayor fuerza. Allí donde la cultura enferma y propaga su veneno, la fe sana es el antídoto divino que renueva, fortalece y reconcilia.

La tarea es grande, el desafío real, pero la promesa de Dios es segura. Que esta carta sea para nosotros hoy un llamado a no conformarnos con una fe superficial ni con un cristianismo de rutina. Que sea una invitación a vivir la gracia que moldea, disciplina y capacita para ser luz en medio de la oscuridad.

Que aprendamos de Pablo y de Tito a cuidar la iglesia con amor firme, a enseñar la verdad con paciencia y a caminar con valentía en una cultura que necesita desesperadamente escuchar el evangelio de Cristo, el único que sana y restaura. Ese evangelio puede otorgarnos lo mejor, a la vez que nos conduce por el camino más duro de la fe.

Pablo no pretendía levantar obreros íntegros para predicar un evangelio diluido al gusto de los consumidores. Delegó a Tito la tarea de formar un liderazgo sano para tiempos enfermos: un liderazgo firme frente a la liviandad espiritual de los tiempos. Hoy más que nunca debemos tomar nota de esta carta y trabajar con pasión, formando un pueblo comprometido con la causa del evangelio del Reino.

***“...encamínales con solicitud, de modo que nada les falte.  
Y aprendan también los nuestros a ocuparse en buenas  
obras para los casos de necesidad, para que no sean sin  
fruto.”***

Tito 3:13 y 14



# Capítulo seis

## **EJERCENDO LA PATERNIDAD**

La autoridad revelada

*“Pablo, apóstol de Jesucristo por mandato de Dios nuestro Salvador, y del Señor Jesucristo nuestra esperanza, a Timoteo, verdadero hijo en la fe: Gracia, misericordia y paz, de Dios nuestro Padre y de Cristo Jesús nuestro Señor...”*

1 Timoteo 1:1 y 2

El aire de Éfeso todavía pesaba en la memoria de Pablo. Años después de haber caminado por sus calles, no era el mármol de sus templos lo que recordaba con nitidez, ni el bullicio del mercado, ni siquiera el rugido de los que clamaban en el teatro que “la gran Diana de los efesios” era invencible.

Lo que seguía resonando en su alma era el eco de un joven caminando a su lado, tomando notas mentales de cada enseñanza, bebiendo con hambre cada palabra nacida del fuego de la revelación. Ese joven era Timoteo, más que un

discípulo; era un hijo espiritual para Pablo. Y ahora, desde la distancia, la pluma del apóstol se convertía en bastón para afirmar sus pasos.

La carta que escribe no es fría ni formal. Tiene la temperatura de un corazón que ama, de un padre que instruye, no desde la teoría, sino desde el peso de las cicatrices y la claridad de la visión. Pablo no le habla a un obrero cualquiera; le habla a un heredero. Y como todo padre verdadero, no le ahorra verdades ni le edulcora las demandas del llamado. Sabe que el ministerio no es un lugar de prestigio, sino una trinchera donde se sostiene la verdad en medio del fuego cruzado de la mentira.

***“Este mandamiento, hijo Timoteo, te encargo, para que conforme a las profecías que se hicieron antes en cuanto a ti, milites por ellas la buena milicia...”***

1 Timoteo 1:18

No es una sugerencia lo que Pablo había planificado comunicar, ni un consejo amable: es un encargo sagrado, como quien pone en manos jóvenes una antorcha que ha de mantenerse encendida contra el viento de los tiempos. De hecho, una revelación paulina es la que puede sostener a quien ha sido llamado proféticamente al ministerio.

Recordemos que Pablo había llegado a comprender que él había sido predestinado desde antes de la fundación del mundo (**Efesios 1:4**), y que aun en el vientre de su madre logró percibir su llamado (**Gálatas 1:15**). Es entonces que le

enseña a Timoteo que tendrá que batallar por causa de su llamamiento profético. Esto es algo que muchos deberían comprender hoy en día.

El enemigo no puede ver claramente, porque tanto él como sus secuaces operan desde las tinieblas. Ellos escuchan y suponen, sin llegar a discernir claramente qué es lo que Dios está haciendo a través de los seres humanos. Cuando una palabra profética es soltada, las tinieblas también se activan para violentar su cumplimiento.

Cuando en la Biblia vemos ataques espirituales contra Israel o contra personajes de la fe, es porque detrás de ellos hubo palabras proféticas que los invitaban al propósito. Por eso atacó a Abraham, a José, a Moisés, a David, y a todo aquel que había recibido una palabra profética. Por supuesto, también a Jesús, quien apenas había nacido y ya se había activado un ejército de soldados para matarlo.

No debemos extrañarnos cuando nos sobrevienen ataques espirituales. Ser llamados al servicio de Dios es lo más hermoso que nos puede pasar en la vida, pero también implica asumir ciertas hostilidades. El ministerio no es para flojos, ni para los débiles de corazón. El enemigo procura impedir que verdaderos ungidos manifiesten las capacidades de Cristo y tratará de oponerse; pero si resistimos con fe y firmeza, debemos tener la plena seguridad de que Dios nos dará la victoria.

Pablo no solo exhortó a Timoteo a mantenerse firme, sino que él mismo fue un ejemplo de fortaleza y resistencia ante los embates del mal. Pablo sufrió todo tipo de ataques y lo que podríamos considerar como inexplicables adversidades, pero nunca se quejó; valorando la gracia, prosiguió a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús (**Filipenses 3:14**).

Pablo le habló a Timoteo de batallas, de buena milicia, de conservar la fe y una buena conciencia. Le recuerda que algunos naufragaron, que no todos resistieron, que hay nombres que el Espíritu no omite. No para sembrar miedo, sino reverencia. El ministerio no es juego de niños ni teatro de egos: es una guerra donde las almas están en juego, y el enemigo no perdona descuidos.

Pablo sabe que la amenaza más peligrosa no viene de fuera, sino de dentro. *“Como te rogué... que te quedases en Éfeso, para que mandases a algunos que no enseñen diferente doctrina”* (1 Timoteo 1:3). No son los ídolos del templo los que más dañan a la Iglesia, sino las voces disfrazadas de piedad que desvían del propósito.

Hay maestros de ley sin entendimiento, charlas vanas que desfiguran la gracia, discursos que tienen forma de sabiduría pero envenenan el alma. El joven Timoteo debía levantar la voz, discernir los espíritus, defender el evangelio como un soldado defiende una bandera que no le pertenece, pero que ha jurado proteger con su vida.

Ser padre espiritual es más que aconsejar: es velar. Es advertir con lágrimas. Es enseñar con ejemplo. Es amar lo suficiente como para corregir y persistir. Pablo no le escribe a Timoteo desde un púlpito, sino desde una vida ofrecida, desde cárceles, desde prisiones interiores donde la fe es lo único que queda y lo único que basta.

El apóstol traza el perfil de un verdadero obrero de Dios. No basta con el deseo: ***“Palabra fiel: Si alguno anhela obispado, buena obra desea” (1 Timoteo 3:1)***. Pero ese deseo debe estar acompañado de una vida que testifique lo que se predica. Pablo no le entrega una lista moralista, sino una radiografía del carácter: irreprochable, sobrio, prudente, hospedador, apto para enseñar, no violento, no codicioso... No es una descripción para el cargo, sino una imagen del corazón moldeado por la gracia.

En medio de ese llamado a la integridad, resuena el consejo paternal: ***“Ninguno tenga en poco tu juventud...” (1 Timoteo 4:12)***. Como si escuchara las dudas internas de su hijo, Pablo lo afirma. No necesita esperar a envejecer para ser un instrumento útil. Su autoridad no está en los años, sino en la vida que arde en él. Le manda a ser ejemplo, a ocuparse en la lectura, a no descuidar el don que fue puesto por profecía, a avivarlo, a no detenerse. Todo en un solo clamor: no te enfríes, no te distraigas, no te pierdas.

La imagen que Pablo deja ver de Timoteo no es la de un pastor cargado de deberes, sino la de un hijo portando un fuego que debe mantener vivo. Un fuego que no es suyo, pero

que ha sido confiado a sus manos. Le habla como quien sabe que las brasas pueden apagarse si no se soplan con fervor y disciplina. La exhortación no es a la acción sin comunión, sino a un ministerio nacido de la devoción.

No era fácil pastorear en una ciudad como Éfeso. Allí, donde el mármol de los templos resplandecía más que el rostro de los pobres, y los ecos de la idolatría resonaban en cada esquina, sostener la verdad era un acto profético.

La paternidad espiritual no consiste en proveer comodidad, sino en preparar para el conflicto. Por eso Pablo no le promete días fáciles a Timoteo, sino que lo prepara con sabiduría para resistir en tiempos difíciles. La visión del apóstol va más allá del presente: ve con claridad los días de confusión que se avecinan.

***“El Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe...”***

1 Timoteo 4:1

Las palabras son firmes, sin margen para la ambigüedad. El Espíritu Santo, el mismo que guía a toda verdad, ha hablado. La apostasía no será un accidente ni una rareza. Será una realidad dolorosa. Habrá quienes se aparten, no por ignorancia, sino por elección; seducidos por espíritus engañosos y doctrinas de demonios, hombres con conciencia cauterizada, que hablarán con aparente autoridad pero sin verdad en sus entrañas.

Pablo no escribe esto como una amenaza, sino como una advertencia llena de compasión. El padre espiritual no es el que solo consuela, sino el que prepara el alma de su hijo para el día de la batalla. Timoteo debía entrenarse en la piedad, como un atleta que no compite para la galería, sino para agradar a quien lo llamó. No se trataba de ascetismo ni de reglas muertas, sino de una vida vivida en la presencia de Dios, cultivando la devoción como tierra fértil de donde brotan frutos eternos.

***“Ejercítate para la piedad; porque el ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera.”***

1 Timoteo 4:7 y 8

¿Cómo suena este consejo a los oídos modernos? Tal vez como un eco olvidado. Pero para Pablo era la clave del verdadero ministerio. En tiempos donde la piedad se simula pero no se vive, el apóstol llama a su hijo a ejercitar el alma, a no conformarse con discursos, sino a vivir de tal manera que cada acto sea testimonio. Porque el buen siervo de Jesucristo no es el que impresiona, sino el que alimenta con palabras de fe y buena doctrina.

A medida que la carta avanza, el tono de Pablo se hace más apostólico y detallado. El padre instruye al hijo en los deberes hacia los demás: ancianos, viudas, siervos, hermanos. No hay área que escape a su visión. La Iglesia, para Pablo, no es una organización, sino una familia

extendida, donde cada miembro debe ser tratado con honra, corrección y compasión. Timoteo debía aprender a ejercer autoridad sin dureza, con mansedumbre, sin parcialidad, reflejando el carácter de Aquel que lo había llamado.

La paternidad espiritual que Pablo ejerce es activa y presente, aun desde la distancia. Cada línea está impregnada de una voz que acompaña, forma y edifica. La carga no recae en el talento de Timoteo, sino en la gracia que lo sostiene. Pero esa gracia no anula la responsabilidad. Por eso, las últimas exhortaciones de la carta son como sellos indelebles sobre el alma del joven ministro.

***“Pero gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento; porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar. Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores. Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre.”***

1 Timoteo 6:6 al 11

Pablo no se limita a decirle lo que debe hacer; también le indica de qué debe huir. No se puede servir a Dios si el corazón aún corteja los ídolos modernos: el amor al dinero,

la vanagloria del saber, la arrogancia del título. El hombre de Dios no solo persigue la verdad: también huye del mal, persigue la justicia, la fe, el amor, la paciencia y la mansedumbre. Lucha la buena batalla, pelea por lo eterno, no por una reputación, sino por una corona incorruptible.

Servir a Dios nunca puede tener la simple ambición del dinero. El enfoque siempre debe ser Dios, y eso es lo que se debe cuidar. Lamentablemente, los extremistas de siempre, impulsados por este pasaje bíblico, han llegado a enseñar que el dinero es malo; pero eso no es verdad. Lo malo es conectarse con el dinero por medio del amor. Es un hecho que el dinero debe ser nuestro siervo, no nuestro amante.

El amor es dar, y nosotros no estamos para dar al dinero, sino que el dinero está para proveer lo que necesitamos por causa del propósito. Si alguien se enamora de un ser infiel, seguramente terminará sufriendo. El dinero es infiel porque se va con cualquiera. No importa lo que hagamos para obtenerlo: él se va sin despedirse ante cualquiera que lo solicite, por más corrupto o injusto que sea.

Los que lo aman hacen todo por obtenerlo y todo por sostenerlo; por eso se vuelven infelices y esclavos de un amor no correspondido. Es por esto que todos los males acechan. Pablo no le estaba diciendo a Timoteo que el dinero es diabólico. De hecho, las Escrituras afirman que el dinero sirve para todo (**Eclesiastés 10:19**). Lo que Pablo estaba enseñando era que no debía enamorarse de él; antes que eso, debía huir para no caer en su esclavitud.

El apóstol le dijo: “*Echa mano de la vida eterna...*” (1 **Timoteo 6:12**). No como un objeto lejano, sino como una realidad que se vive y se proclama. Pablo no cierra la carta con un tono liviano, sino con la solemnidad de quien entrega un legado. Al cerrar su pluma, deja en el corazón de su hijo una carga gloriosa: guardar lo que ha recibido, custodiar el depósito, ser columna en medio de un mundo que tiembla.

No hay herencia más grande que esta. No hay riqueza más alta. Ser padre espiritual es dar la vida por otro, para que ese otro corra más lejos, ame más profundamente y proclame con más claridad la verdad que arde en el corazón de Dios. No hay mayor legado que formar a otro en la verdad.

Las estructuras caen, los títulos se olvidan, las posiciones cambian... pero un hijo en la fe, bien formado, permanece como testimonio vivo del trabajo silencioso de un corazón que supo amar más allá de sí mismo. Así veía Pablo a Timoteo: no como un ayudante útil ni como un discípulo obediente, sino como alguien en quien el evangelio mismo debía continuar su curso.

Por eso le escribe con el fervor de un espíritu que sabe que el tiempo es corto. Lo alienta a custodiar lo recibido, no con temor ni con rigidez, sino con pasión encendida y fidelidad. Pablo había corrido su carrera. Pronto lo esperaban cadenas más definitivas que las que había conocido antes. Pero eso no lo entristecía. Lo que pesaba en su alma no era la muerte, sino que el testigo no se caiga; que la columna de la verdad se mantenga firme cuando las tinieblas arrecien.

***“Te mando delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo, que dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato, que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo.”***

1 Timoteo 6:13 y 14

En esas últimas líneas, es como si el apóstol respirara hondo y contemplara el rostro de su hijo una vez más. Lo ve aún joven, tal vez con dudas, con debilidades que la edad no ha resuelto, con una sensibilidad que necesita firmeza. Pero también lo ve lleno del don de Dios, con un depósito en el alma que ha sido puesto por imposición de manos, con profecías selladas en su espíritu, con el llamado resonando en su interior como trompeta que no cesa.

No se trata solo de un conjunto de instrucciones para un ministro. Es la expresión más alta de la paternidad espiritual: reproducir en otro el carácter, la fe, la pasión y el amor por Cristo. La paternidad no es dominio, es entrega. No es control, es formación. No busca clones, sino herederos del Reino. Y en ese proceso, tanto el padre como el hijo son transformados.

Timoteo no sería Pablo. Sería Timoteo, siervo del Dios viviente, con su voz, sus dones y su historia. Pero sería también parte de un río de revelación que no se detiene, una corriente de verdad que se extiende, una columna que no tiembla en medio de los derrumbes. Y esa es la obra de la paternidad espiritual: establecer cimientos, levantar

columnas vivas, edificar cuerpos que no se doblen ante el engaño, sino que sostengan la verdad con pureza.

La Iglesia es llamada columna y baluarte de la verdad. Esa verdad no se defiende solo con argumentos, sino con vidas. Y las vidas que sostienen esa verdad no surgen por casualidad, sino por siervos fieles que se atreven a engendrar espiritualmente a otros, invirtiendo tiempo, amor, corrección, esperanza y visión. Pablo lo hizo con Timoteo. Y hoy, siglos después, seguimos leyendo esa carta como si nos llegara a nosotros. Porque todo aquel que recibe un encargo del cielo también necesita de alguien que lo afirme en la tierra.

Este capítulo termina, pero no como un cierre, sino como una entrega. Como un padre que suelta la mano del hijo porque confía en lo que sembró. Como una antorcha que cambia de portador, pero no de llama. Como una voz que, aunque silenciada por el tiempo, sigue hablando con fuerza en el corazón de cada hijo que desea cumplir su ministerio con fidelidad.

Pablo escribió esta carta con el corazón de un padre, pero ahora escribiría con el alma de un mártir. El tiempo de su partida se acercaba, y Roma, la ciudad de los emperadores y las ejecuciones silenciosas, se convertiría en el altar donde su vida sería derramada. Las palabras que siguen no vienen de la fuerza de la juventud, sino de la plenitud de una carrera bien vivida. Son palabras de despedida, pero también de eternidad. No hay lamento, sino esperanza. No hay miedo, sino certeza.

Y así, mientras la historia terrenal de Pablo desciende al silencio, su voz se eleva en esta última carta como un río de fuego que no se extingue:

***“Oh Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado...***

***La gracia sea contigo. Amén.”***

1 Timoteo 6:20 y 21



# Capítulo siete

## **HE PELEADO LA BUENA BATALLA**

El valor del Legado

*“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia...”*

2 Timoteo 4:7 y 8

La celda donde Pablo estaba recluso seguramente fue un espacio estrecho, frío y oscuro. La piedra cruda y la humedad que han calado sus huesos, tal vez intentaron apagar lo que su cuerpo ya no podía sostener. Pero dentro de aquel recinto sombrío, más allá de la soledad y la penumbra, ardía un fuego inextinguible.

No era un fuego visible, sino uno que crepitaba en lo más profundo del espíritu. Era el fuego del Espíritu Santo, la presencia viva que sostenía al apóstol en el ocaso de su vida, recordándole la eternidad que sobrepasaba la prisión que padecía y la muerte que lo acechaba.

Afuera, Roma seguía su ritmo implacable: emperadores, gladiadores, mercados, intrigas y poder. Pero

allí dentro, la historia de un hombre transformado por la gracia de Dios llegaba a un punto en que la velocidad y la fuerza ya no eran lo esencial. Pablo había adquirido la sabiduría de la experiencia, pero también la melancolía de quien sabe que la Iglesia y muchos ministros no comprenden plenamente el evangelio del Reino tal como se le había revelado.

Sus manos, marcadas por el trabajo y los azotes, tal vez temblaban al sostener la pluma. Sus ojos, alguna vez llenos de vigor, brillaban ahora con la claridad de quien sabe que la carrera casi ha terminado. La carta que escribió no era para un público amplio, sino para un corazón amado que aún necesitaba guía, era la segunda carta para Timoteo, su hijo en la fe, el joven pastor de Éfeso, a quien confiaba el legado de la verdad.

***“Te encarezco que avives el fuego del don de Dios que está en ti...”***

2 Timoteo 1:6

En esas palabras se concentra toda la urgencia de la segunda carta a Timoteo. Pablo sabía que la batalla espiritual sobre Éfeso se recrudecería. No había espacio para la tibieza ni para el desánimo. El fuego no es una metáfora vana; es la imagen viva de la pasión por el evangelio que debe seguir ardiendo en el corazón de quien se ha comprometido con la obra del Reino.

Seguramente recordaba sus días de vigor, los viajes incesantes, las cadenas que no lograron silenciar la proclamación de su evangelio. Pero sobre todo sabía que era tiempo de preparar a la siguiente generación. Para eso, la tarea de Timoteo era fundamental: sostener la verdad en medio de un mundo que se desmoronaba, enfrentar las falsas enseñanzas y guiar a la Iglesia con integridad y valentía.

Por eso le escribió: ***“Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús”*** (2 Timoteo 2:1). No se trataba de una lucha común, sino de una batalla espiritual que exigiría resistencia, sacrificio y fe inquebrantable. La armadura del soldado no es de metal, sino de justicia, paz y verdad. Cada herida, cada dificultad, cada rechazo forma parte de la batalla que todo creyente enfrenta en su caminar.

Ser un buen soldado implica más que valentía física. Significa soportar penalidades sin perder la esperanza, vivir desprendido de comodidades terrenales, mantener la mirada fija en el Rey invisible, aun cuando las circunstancias sean adversas. Pablo había sentido abandono, soledad, fatiga extrema, pero nunca perdió la certeza de que su batalla era legítima y su recompensa segura.

La revelación paulina, generada en una época hostil, nos alumbra para que no aflojemos hoy. Aunque no enfrentamos la violencia física de aquellos días, la maldad ha mutado, siendo más sutil y venenosa. El dolor de los cristianos del primer siglo debe inspirarnos; ellos carecían del entendimiento pleno del Nuevo Pacto y de medios de

comunicación, pero contaban con la revelación de Dios y la fe que los sostenía.

Hoy disponemos de incontables versiones bíblicas, comentarios, manuales, audios y videos. Sin embargo, muchos hermanos no leen ni buscan profundizar en la verdad eterna. Algunos abandonan la fe por motivos triviales, sin comprender la hostilidad espiritual camuflada en la cultura contemporánea. Realmente vivimos tiempos violentos, aunque distintos a los del primer siglo.

El Reino de la luz y el reino de las tinieblas se manifiestan de manera visible y tangible, pero su verdadera batalla es espiritual e invisible. Cuando los hijos de Dios no desarrollan sus sentidos espirituales ni atraviesan los velos del alma, quedan atrapados en la densa oscuridad, ignorando los peligros que los acechan. Las tinieblas son las mismas, pero su expresión ha cambiado, engañando a muchos creyentes.

En el principio vimos a una serpiente en el Edén; en los días finales, vemos un dragón que engaña a los cristianos. La serpiente antigua no envejece; se transforma en un peligroso dragón. Los años perfeccionan el engaño, y el enemigo, que ha trabajado durante milenios, está cerca de dar su último gran golpe.

No debemos subestimar los tiempos que estamos viviendo. Hoy más que nunca, las revelaciones paulinas son claves para comprender las operaciones del cielo y las

maquinaciones del mal. Las palabras del apóstol llevan la esencia de la eternidad; por eso no pasan de moda, por eso siguen vigentes, por eso fueron fundamentales para Timoteo y lo son hoy para nosotros.

Aquella celda húmeda y fría en la que Pablo estaba recluido se transformó en una escribanía del Reino, y sus registros son eternos. Sus palabras no solo fueron historia; fueron un fuego permanente que ha cruzado siglos y atravesado culturas hasta llegar a nuestros días. Han convocado a millones de hermanos a ponerse la armadura, a no desmayar y a guardar la fe con celo y constancia hasta el final.

Pero aquí se descubre otra revelación paulina: la batalla no solo se libra contra espíritus inmundos, sino también en el taller silencioso y arduo del ministerio fiel. Por eso, Pablo dirige a Timoteo una invitación solemne:

***“Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad.”***

2 Timoteo 2:15

El obrero es quien transforma la semilla en fruto, quien con paciencia y precisión cultiva la verdad para que eche raíces profundas en el alma de la Iglesia. Cada ministro debe estar enfocado en enseñar correctamente la palabra de verdad, sin acomodarla al gusto de los consumidores. Esta tarea exige cuidado, responsabilidad y un compromiso que

trasciende lo superficial. No basta el celo o la pasión desordenada; se requiere la sabiduría que nace de una relación profunda con Dios y del estudio constante de la Escritura.

El obrero aprobado es un artesano espiritual que cuida cada palabra, rechazando profanas y vanas palabrerías que conducen a la destrucción y la confusión (**2 Timoteo 2:16**). Pablo abre sus ojos para que Timoteo vea con claridad el panorama que enfrentará:

*“Sabe esto, que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos.”*  
2 Timoteo 3:1

No se trata de advertencias generales, sino de una descripción precisa del carácter de los tiempos: egoísmo, falsedad, traición, dureza de corazón y falta de amor. El apóstol no busca infundir miedo, sino preparar. Advierte que muchos se apartarán de la verdad, seducidos por placeres y engaños. La apostasía será profunda y sistemática, erosionando la fe y sembrando dudas en mentes y corazones.

Frente a esta realidad, la Palabra de Dios se convierte en el ancla que sostiene al creyente firme. Pablo urge a Timoteo a no solo conocer la verdad, sino a vivirla y predicarla con valentía y constancia:

***“Predica la palabra; insiste a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina.”***

2 Timoteo 4:2

La proclamación no depende de la receptividad de la audiencia, sino de la fidelidad al llamado recibido. Este llamado a la fidelidad es un llamado a la resistencia espiritual: no ceder ante presiones externas ni internas, mantenerse íntegro en un mundo que se desvanece en engaños y falsedades. El obrero aprobado, el soldado fiel, no solo sostiene la verdad con sus labios, sino que la encarna con su vida, siendo ejemplo vivo de la gracia y el poder de Dios.

Por eso, la exhortación de Pablo a Timoteo trasciende el tiempo. No es solo para un joven pastor de la antigüedad, sino para cada creyente que enfrenta las mismas batallas espirituales y desafíos. Permanecer firme en la Palabra, mantener el fuego encendido y resistir las tentaciones del ego y la mundanalidad es la clave para no perder la fe y la esperanza.

***“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para reprender, para corregir, para instruir en justicia.”***

2 Timoteo 3:16

La Escritura, sellada por el Espíritu Santo, es el ancla segura en medio de los tiempos peligrosos. No puede ser

sustituida ni acomodada a los caprichos culturales o personales; es el fundamento firme sobre el cual todos los creyentes debemos edificar nuestra vida y ministerio. Por ello, la exhortación es clara y urgente:

***“No dejes de predicar y hacer la obra de Dios.”***

2 Timoteo 4:5

No basta con conocer la verdad; es necesario vivirla, proclamarla y defenderla, incluso cuando la sociedad la rechace o ridiculice. La fidelidad hasta la muerte es el mandato supremo. Pablo da testimonio de esta fidelidad al declarar con voz firme:

***“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe.”***

2 Timoteo 4:7

Son palabras que resumen una vida entregada, un ministerio marcado por el sacrificio, la entrega y la perseverancia. No hubo momentos fáciles, ni aplausos constantes, pero sí la certeza de un llamado cumplido. Y más allá del esfuerzo terrenal, Pablo mira hacia la recompensa celestial:

***“Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo...”***

2 Timoteo 4:8

No es una corona para los perfectos, sino para los fieles: quienes se mantuvieron firmes en la verdad, sin negociar fe ni integridad. Esta esperanza impulsa a cada creyente a continuar con valentía y amor, a ser luz en medio de la oscuridad y sal en un mundo que pierde sabor.

Así, el apóstol cierra su carta desde la celda romana, pero abre un camino eterno para cada uno que escucha su voz. El llamado es personal, directo y urgente: no te rindas, no te avergüences, aviva el fuego, pelea la buena batalla, guarda la fe. Porque aunque el tiempo pase y los hombres olviden, la Palabra permanece, y la corona eterna aguarda a los que perseveran en la fe.

***“Y el Señor me libraré de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial. A él sea gloria por los siglos de los siglos. Amén.”***

2 Timoteo 4:18



# EPÍLOGO

*“Yo soy el más pequeño de los apóstoles, y no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; aunque no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo.”*

1 Corintios 15:9 y 10

Para cerrar estos dos libros sobre las revelaciones paulinas, debo decir que ha sido un placer personal escribirlos. Empezar la tarea de sumergirme en los escritos de Pablo, meditando en su vida y en los momentos en que escribió, fue para mí todo un desafío y una verdadera enseñanza. Debo confesar que escribir estos libros me deja la certeza de haber crecido de manera personal.

Al contemplar la figura de Pablo en la etapa final de su ministerio, se nos revela un retrato que desborda cualquier categoría histórica o meramente literaria. No hablamos únicamente de un pensador religioso, ni de un organizador de comunidades cristianas, ni siquiera de un teólogo sistemático en el sentido moderno del término. Pablo encarna una síntesis viva de lo que significa ser discípulo de Cristo: alguien cuya existencia entera ha sido absorbida, transformada y redirigida por la revelación del Evangelio.

Las cartas que emergen de su madurez, redactadas en prisiones o en contextos de persecución, nos muestran que la verdad cristiana no puede ser reducida a dogma abstracto ni a discurso retórico. El Evangelio, en Pablo, se vuelve carne en la experiencia concreta de un hombre marcado por el sufrimiento, pero también por una esperanza que no conoce límites.

La fragilidad del prisionero se convierte, paradójicamente, en la plataforma para manifestar la fuerza del Cristo resucitado. Así, las epístolas paulinas de este período no solo transmiten enseñanza doctrinal, sino que irradian vida, fe y esperanza en medio de la adversidad.

En Filipenses se percibe quizá con mayor claridad la paradoja que atraviesa toda la espiritualidad paulina: el gozo indestructible que surge no de la ausencia de dolor, sino de la unión íntima con Cristo. Al escribir desde una celda romana, el apóstol declara: “Para mí, el vivir es Cristo y el morir es ganancia”. Aquí no se trata de un idealismo etéreo, sino de la confesión de alguien que ha probado en carne propia la hostilidad de la cárcel y la incertidumbre de la sentencia.

El gozo paulino no es evasión de la realidad, sino una manera radical de interpretarla a la luz del Evangelio. Desde un punto de vista académico, puede afirmarse que la carta a los Filipenses introduce una hermenéutica del sufrimiento cristiano: no se niega la experiencia del dolor, pero se redefine a la luz de la victoria de Cristo. El resultado es una

espiritualidad de resistencia, capaz de sostener al creyente en medio de las contradicciones de la existencia.

En Colosenses encontramos otro eje fundamental de estas revelaciones: la confesión de Cristo como plenitud absoluta. Frente a filosofías que amenazaban con fragmentar la fe de los creyentes, Pablo insiste en que en Cristo habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y que en Él, la Iglesia encuentra su verdadera identidad y su propósito.

Desde una perspectiva teológica, la epístola constituye una de las declaraciones más altas de la cristología paulina: Cristo como Cabeza de la Iglesia y Señor de la creación. Aquí se entreteteje una visión cósmica y eclesial que sitúa al creyente dentro de un horizonte mucho más amplio que el de sus luchas inmediatas.

Tal vez para la academia, Colosenses sigue siendo un punto de referencia ineludible en el desarrollo de la cristología del Nuevo Testamento; para la espiritualidad, un recordatorio de que toda búsqueda de sentido encuentra su fin en Cristo, la plenitud que llena todo en todos.

El breve escrito a Filemón, aunque reducido en extensión, contiene una potencia revolucionaria que no puede ser ignorada. Allí, en la súplica por un esclavo fugitivo, se revela la capacidad del Evangelio para transformar relaciones humanas marcadas por la desigualdad y la injusticia. En Cristo, dice Pablo implícitamente, ya no se trata de amo y esclavo, sino de hermanos en la fe.

El impacto teológico de esta carta radica en su testimonio sobre la naturaleza relacional de la salvación. No es solo la reconciliación entre Dios y el ser humano lo que está en juego, sino la reconciliación entre los propios hombres.

La gracia, al irrumpir en la vida de Onésimo y en la casa de Filemón, se convierte en semilla de un nuevo orden social. Si bien Pablo no articula aquí un manifiesto contra la esclavitud en los términos de la modernidad, sí siembra la semilla de un principio transformador: en Cristo, todas las jerarquías humanas quedan relativizadas frente a la hermandad de la nueva creación, y el pasado de nadie determina su futuro en Dios.

En las cartas a Tito y a Timoteo hallamos la preocupación apostólica de Pablo por la salud de las iglesias en medio de contextos difíciles. En Creta, donde la corrupción cultural amenazaba la integridad del testimonio cristiano, el apóstol subraya la necesidad de líderes piadosos y de una enseñanza que no solo ilumine la mente, sino que moldee la vida. En Éfeso, su preocupación se dirige hacia un joven pastor, a quien exhorta a ser ejemplo de fe, integridad y perseverancia.

Desde un ángulo académico, estas epístolas pastorales ofrecen un testimonio invaluable sobre la organización y consolidación de las primeras comunidades cristianas. Desde un ángulo literario, transmiten la ternura de un padre

espiritual que no instruye desde la distancia, sino desde la cercanía de la relación personal. Las revelaciones paulinas aquí se vuelven prácticas para la Iglesia. La verdad de Cristo no se reduce a una simple confesión, sino que se encarna en estructuras comunitarias y en vidas transformadas.

La segunda carta a Timoteo resuena como un testamento espiritual. En ella, Pablo, consciente de su inminente muerte, proclama con firmeza: ***“He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, he guardado la fe...”*** Estas palabras, cargadas de solemnidad, no constituyen un lamento, sino un himno de victoria.

En esta carta, el apóstol articula una visión escatológica de la fidelidad cristiana: la esperanza de la corona de justicia que el Señor otorgará no solo a Pablo, sino a todos los que amamos Su venida. Literariamente, la carta encierra la fuerza emotiva de un anciano que, al borde de su martirio, continúa alentando a su discípulo. Esto nos sitúa frente al fenómeno de la perseverancia apostólica como modelo normativo para la Iglesia.

Al integrar todas estas revelaciones, el hilo conductor se hace evidente: Cristo es el centro, la plenitud y el fin último de toda la experiencia cristiana. La vida de Pablo, sus enseñanzas y sus cartas convergen en esta confesión fundamental. El apóstol no deja tras de sí un monumento personal, sino un legado que remite constantemente al Señor.

Para la Iglesia contemporánea, este legado sigue siendo un desafío. El gozo en la prueba, la centralidad de Cristo, la reconciliación de las relaciones humanas, la necesidad de líderes íntegros, la perseverancia hasta el fin: todo ello constituye no solo memoria histórica, sino mandato vigente. Las revelaciones paulinas no son reliquias del pasado, sino interpelaciones vivas que nos reclaman tomar nota, cambiar conceptos y aprender.

Finalmente, tras las revelaciones paulinas, el lector queda confrontado con una invitación: vivir la fe no como mero conocimiento, sino como entrega radical. Si Pablo pudo proclamar la supremacía de Cristo desde la cárcel, ¿qué excusa puede presentar hoy la Iglesia para callar?

Si el Evangelio pudo reconciliar a un esclavo y a su amo, ¿qué divisiones contemporáneas no podrían ser sanadas por esa misma gracia? Si un anciano apóstol pudo mantener la fidelidad hasta el último aliento, ¿qué impide a los creyentes de hoy correr la carrera con esperanza en la corona eterna?

Así, el eco final de Pablo no es un recuerdo lejano, sino una voz viva que sigue interpelando: ***“Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo...”*** Y en esa imitación, los creyentes encontramos nuestra verdadera vocación: ser testigos de la gloria de Cristo, aun en medio de cadenas, y hasta el último aliento de nuestras vidas.

En algún momento, y si el Señor así lo determina, escribiré algunos libros para escudriñar profundamente algunas de las cartas de Pablo. La verdad es que las riquezas de sus escritos son ilimitadas, porque llevan la esencia del Eterno. Por ahora, solo ruego que estos enfoques y comentarios contribuyan a la edificación de todos mis hermanos.

Los tiempos que estamos viviendo son determinantes y nos demandan estar alertas y preparados para gestionar la fe con sabiduría. Con estos libros espero haber aportado un granito de arena para eso. ¡Bendiciones!

***“Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que, teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas. Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio.”***

2 Timoteo 4:1 al 5



# Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

## Pastor y maestro

*Oswaldo Rebolleda*



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

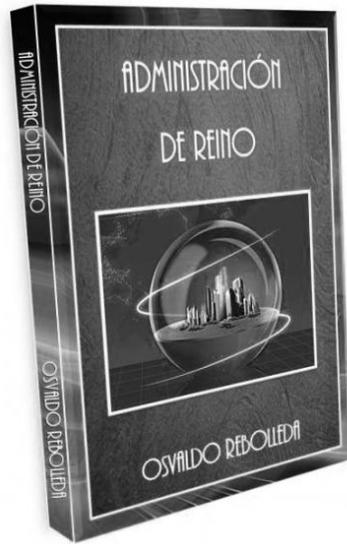
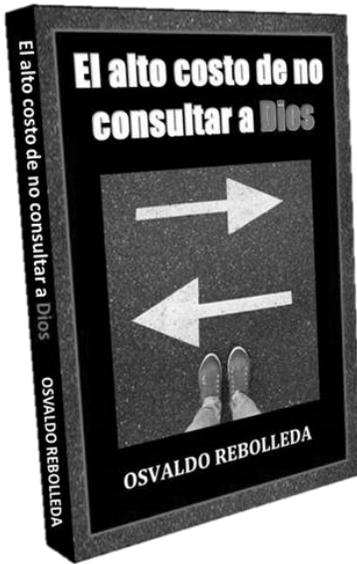
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de  
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

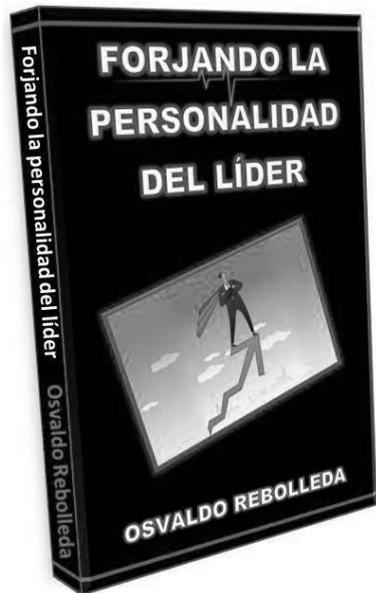
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina  
Y hasta lo último de la tierra.

[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)

[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



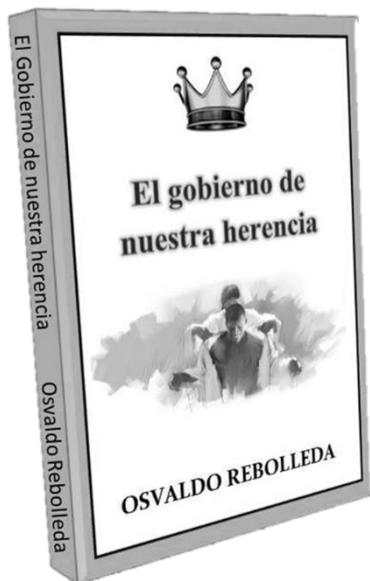
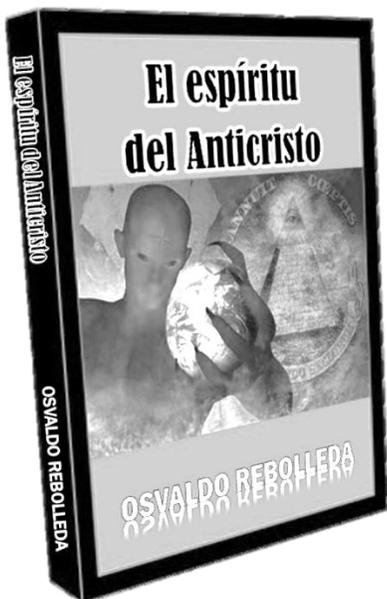
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



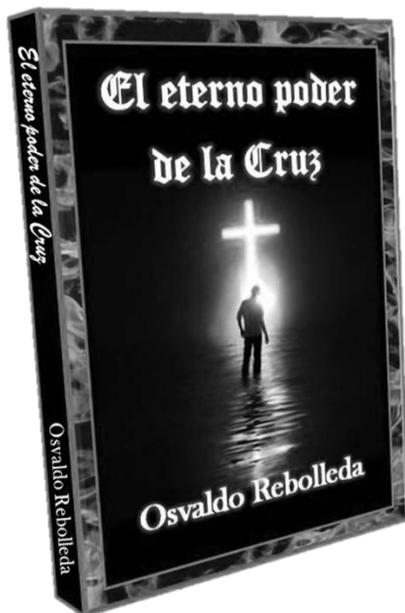
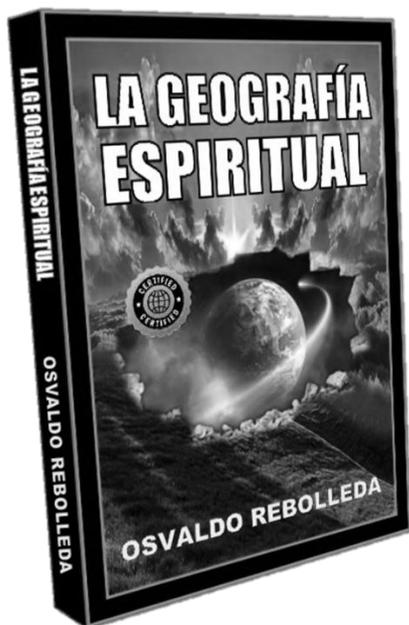


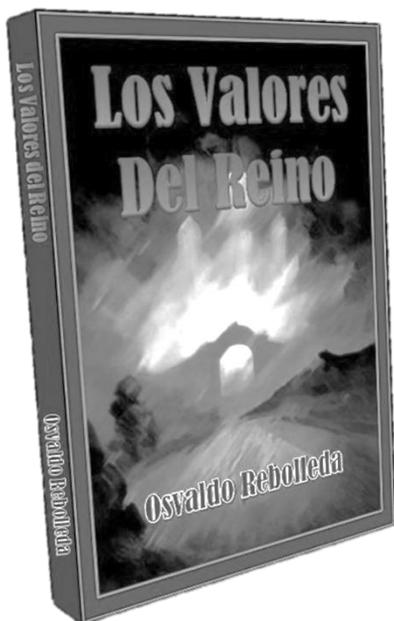
[www.osvaldorebolledo.com](http://www.osvaldorebolledo.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolledo.com](http://www.osvaldorebolledo.com)

